

CRISTIANDAD

Año XXVII - NUMERO 485

BARCELONA

JULIO 1971

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

Depósito legal: B. 15860 - 1958



SUMARIO

EXHORTACION APOSTOLICA
"EVANGELICA TESTIFICATIO"

de S.S. Paulo VI.

SANTAS JULIANA
Y SEMPRONIANA

Rvdo. José Bachs

214 SACERDOTES PRESIDIDOS
POR EL CARDENAL ARRIBA Y
CASTRO JUNTO A LA TUMBA DE
SAN ANTONIO MARIA CLARET

SI SUPIERAS QUE SIGNIFICA
UNA MISA!

Fr. Antonio de Lugo, O.S.H.

EL "POR QUE" DE LA LLAGA
DEL COSTADO DE CRISTO
NUESTRO SEÑOR

Roberto Cayuela, S.I.

ACTUAL SIN ACTUALIDAD

Victor Lahoz

ADMINISTRACIÓN: Princesa, 21-(3)

Teléfono 221 27 75

Director: Fernando Serrano Misas

EXHORTACION APOSTOLICA "EVANGELICA TESTIFICATIO"

SOBRE LA RENOVACION DE LA VIDA RELIGIOSA

TESTIMONIO EVANGÉLICO

El testimonio evangélico de la vida religiosa manifiesta claramente, a los ojos de los hombres, la primacía del amor de Dios con una fuerza tal que precisa dar por ello gracias al Espíritu Santo. Con toda sencillez — como ya hizo nuestro venerado predecesor Juan XXIII la víspera del Concilio¹ queremos deciros las esperanzas que suscita en Nos, como en todos los pastores y fieles de la Iglesia, la generosidad espiritual de aquellos — hombres y mujeres — que han consagrado la propia vida al Señor en el espíritu y en la práctica de los consejos evangélicos. Deseamos por otra parte ayudaros a continuar vuestro camino de seguidores de Cristo, en la fidelidad a las enseñanzas conciliares.

EL CONCILIO

Con esto entendemos responder a la inquietud, a la incertidumbre y a la inestabilidad que algunos muestran, y alentar al mismo tiempo aquéllos que buscan la verdadera renovación de la vida religiosa. La audacia de algunas arbitrarias transformaciones, una exagerada desconfianza hacia el pasado, aun cuando manifiesta la sabiduría y el vigor de la tradición eclesial, una mentalidad demasiado preocupada por conformarse apresuradamente a las profundas transformaciones que sacuden nuestro tiempo, han podido inducir a algunos a considerar caducada la forma específica de la vida religiosa. ¿No se ha llegado a apelar al Concilio para poner en discusión incluso su mismo principio? Sin embargo, es bien sabido que el Concilio ha reconocido a "este don especial", un lugar de elección en la vida de la Iglesia en cuanto que permite a aquéllos que lo han recibido conformarse más profundamente a "aquel género de vida virginal y pobre que Cristo Señor elige para Sí y que la Virgen su Madre".² El Concilio ha indicado también el camino para su renovación según el Evangelio.³

1. Esortazione *Il tempio massimo*, 2 luglio 1962, in *AAS* 54 1962, pp. 508-517.
2. Cost. Dogm. *Lumen gentium*, cap. VI, n. 46.
3. Decr. *Perfectae caritatis*.

LA TRADICIÓN DE LA IGLESIA

La tradición de la Iglesia — preciso es recordarlo — nos ofrece desde sus orígenes el testimonio privilegiado de una búsqueda constante de Dios, de un amor único e indiviso por Cristo, de una dedicación absoluta al acrecentamiento de su Reino. Sin esta señal concreta, la caridad que anima toda la Iglesia corría el riesgo de enfriarse, la paradoja salvadora del Evangelio marchitarse, la “sal” de la fe diluirse en un mundo en fase de secularización.

Desde los primeros siglos, el Espíritu Santo ha suscitado, junto a la heroica confesión de los mártires, la maravillosa firmeza de los discípulos y de las vírgenes, de los hermitaños y de los anacoretas. La vida religiosa estaba ya en germen y se advertía en ella la necesidad creciente de desarrollarse y de articularse en formas diversas de vida comunitaria o solitaria para responder a la llamada insistente de Cristo: “Ninguno que haya dejado mujer, o hermanos, o padres, o hijos por causa del Reino de Dios, dejará de recibir mucho más en el tiempo presente, y la vida eterna en el siglo venidero”.⁴

¿Quién osaría sostener que tal llamada no tiene hoy el mismo valor y vigor, que la Iglesia podría minimizar este testimonio excepcional de la trascendencia del amor de Cristo, o que el mundo podría sin dañarse a sí mismo extinguir esta luz, que anuncia el Reino de Dios con una libertad que no conoce obstáculos y que es cotidianamente vivida por sus hijos e hijas?

ESTIMA Y AFECTO

¡Ah, amados religiosos y religiosas, que, mediante la práctica de los consejos evangélicos, habéis querido seguir más libremente a Cristo y más fielmente imitarlo, dedicando toda vuestra vida a Dios, con una consagración especial, que encuentra sus raíces en la consagración bautismal y la expresa con mayor plenitud, si pudiérais comprender toda la estima y todo el afecto que Nos os tenemos en nombre de Cristo Jesús! Nos os encomendamos a nuestros carísimos hermanos en el episcopado, los que, junto a los presbíteros sus colaboradores en el sacerdocio, sienten la propia responsabilidad por lo que respecta a la vida religiosa. Y llamamos a todos los laicos, a los que “propiamente, aunque no exclusivamente com-

peten las empresas y la actividad temporal”,⁵ que sepan comprender cuán válido impulso sois vosotros para ellos en aquella búsqueda de santidad a la que también son llamados por su bautismo en Cristo, para gloria del Padre!⁶

AGGIORNAMENTO

Ciertamente no pocos elementos exteriores, recomendados por los Fundadores de Órdenes o de Congregaciones religiosas se ha demostrado al presente que son superados. Es preciso dar mayor agilidad a algunos anquilosamientos acumulados en el decurso de los siglos. Han de adaptarse, y también formas nuevas pueden ser buscadas e instituidas con la aprobación de la Iglesia. Es precisamente el fin al cual, desde hace algunos años, se está dedicando generosamente la mayor parte de los Institutos religiosos, experimentando tal vez, en ello demasiado apasionamiento, tipos nuevos de constituciones y de reglas. Bien lo sabemos y seguimos con atención este esfuerzo de renovación, querido por el Concilio.⁷

NECESARIO DISCERNIMIENTO

En el ámbito mismo de este proceso dinámico, en el que hay constantemente el riesgo de que se mezcle el espíritu del mundo con la acción del Espíritu Santo, ¿cómo ayudar para que se obre con el necesario discernimiento? ¿Cómo salvaguardar y reunir lo esencial? ¿Cómo beneficiarse de la experiencia del pasado y de la reflexión del presente, para reforzar esta forma de vida evangélica? Según la responsabilidad especial que el Señor nos ha confiado en su Iglesia — la de “confirmar a nuestros hermanos” —⁸ queremos por nuestra parte estimularos a proceder con mayor seguridad y con más gozosa confianza en el camino que habéis elegido. En la “búsqueda de la caridad perfecta”⁹ que guía vuestra existencia, ¿qué otra actitud convendría para vosotros sino una disponibilidad total al Espíritu Santo que, obrando en la Iglesia, os llama a la libertad de los hijos de Dios?¹⁰

4. *Lc* 18, 29-30.

5. Cf. Cost. Past. *Gaudium et spes*, n. 43.

6. Cf. Cost. Dogm. *Lumen gentium*, cap. V.

7. Cf. *Motu Proprio Ecclesiae sanctae*, 6 agosto 1956, in in *ASS* 58, 1966, pp. 757 ss.; Istruz., *Renovationis causam*, 6 gennaio 1969, in *AAS* 61, 1969, pp. 103 ss.

8. *Lc* 22, 32.

9. Cf. Decr. *Perfectae caritatis*, n. 1.

10. Cf. *Gal.* 5, 13 e 2 *Cor* 3, 17.

LA VIDA RELIGIOSA

LA ENSEÑANZA DEL CONCILIO

Amados hijos e hijas, con una libre respuesta a la llamada del Espíritu Santo, vosotros habéis decidido seguir a Cristo consagrándoos totalmente a Él. Los consejos evangélicos de castidad ofrecida a Dios, de pobreza y de obediencia, son siempre la ley de vuestra existencia. Ahora el Concilio nos lo recuerda, “la autoridad de la Iglesia bajo la guía del Espíritu Santo ha cuidado de interpretar, de regular la práctica y también de instituir en base de ello formas estables de vida”.¹¹ Del mismo modo, reconoce y acepta como auténtico el estado de vida, constituido por la profesión de los consejos evangélicos: “Mediante los votos u otros vínculos sagrados, asimilados según la propia índole a los votos, con los cuales el cristiano se obliga a la observancia de estos tres consejos, se dan totalmente a Dios, amándolo sobre todas las cosas... Con el bautismo han muerto al pecado y se han consagrado a Dios; pero a fin de recoger más copiosos frutos de la gracia bautismal, con la profesión de los consejos evangélicos en la Iglesia entienden liberarse de los impedimentos, que podrían distraerle del fervor de la caridad y de la perfección del culto divino,

y se consagran más íntimamente al servicio de Dios. Tal consagración será pues, tanto más perfecta, cuanto más sólidos y estables son los vínculos, con los cuales es representado Cristo indisolublemente unido a la Iglesia, su esposa”¹²

Esta enseñanza del Concilio ilumina la grandeza de este don, por vosotros mismos libremente decidido, a imagen del hecho por Cristo a su Iglesia y, como él totalmente irreversible. Con vistas al Reino de los cielos, vosotros habéis entregado a Cristo, con generosidad y sin reserva, esta fuerza de amor, esta necesidad de poseer y esta libertad de regular la propia vida, cosas preciosas para el hombre. Tal es vuestra consagración que se cumple en la Iglesia mediante su ministerio, ya sea por sus representantes, los que reciben la profesión religiosa, ya sea por la comunidad cristiana, cuyo amor reconoce, acoge, lleva y rodea a aquellos que en su seno se entregan, como signo viviente “que puede y debe atraer eficazmente a todos los miembros de la Iglesia a cumplir en silencio los deberes de la vocación cristiana... manifestando así a todos los creyentes los bienes celestiales, ya presentes en este mundo”.¹³

I. — FORMAS DE LA VIDA RELIGIOSA

VIDA CONTEMPLATIVA

Algunos de vosotros han sido llamados a la vida considerada “contemplativa”. Una atracción irresistible os arrastra hacia el Señor. Aferrados a Dios, os habéis abandonado a su acción soberana, que hacia Él os lleva y en Él os transforma, mientras os prepara a aquella contemplación eterna, que constituye nuestra común vocación. ¿Cómo podríais avanzar a lo largo de este camino y ser fieles a la gracia que os anima, si no respondiérais con todo vuestro ser, con un dinamismo impulsado por el amor, a esta llamada que os orienta de modo permanente hacia Dios? Considerad pues toda otra actividad inmediata, a la que debáis atender — relación con los hermanos, trabajo desinteresado o remunerado, necesaria distensión — como un testimonio dado al Señor de vuestra íntima comunión con Él, para que conceda aquella pureza de intención unificante, tan necesaria para encontrarlo aun en el mismo momento de la oración. Así contribuiréis a la extensión del Reino de Dios, con el testimonio de vuestra ayuda y con “una misteriosa fecundidad apostólica”.¹⁴

VIDA APOSTÓLICA

Otros están consagrados al apostolado cuya misión esencial es: el anuncio de la palabra de Dios entre aquellos que pone en su camino, para conducirlos hacia la fe. Tal gracia requiere una profunda unión con el señor, que os permitirá transmitir el mensaje del Verbo Encarnado, usando el lenguaje que el mundo entienda. ¡Ved pues cuán necesario es que toda vuestra existencia os haga participar en su pasión, en su muerte y en su gloria!¹⁵

CONTEMPLACIÓN Y APOSTOLADO

Cuando vuestra vocación os destina a otras funciones en servicio de los hombres — vida pastoral, misional, enseñanza, obras de caridad, etc. —, ¿no será ante todo la intensidad de vuestra adhesión al Señor, lo que la hará fecunda, en relación a la me-

11. Cost. Dogm. *Lumen gentium*, n. 43.

12. *Ibid.*, n. 44.

13. *Ibid.*

14. Decr. *Perfectae caritatis*, n. 7.

15. Cf. *Fil* 3, 10-11.

16. Cf. *Mt.* 6, 6

dida que se realiza esta unión “en el secreto”?¹⁶ Si queréis permanecer fieles a las enseñanzas del Concilio, “los miembros de todo Instituto, buscando ante todo sólo a Dios”, ¿no debéis “unir la contemplación, mediante la cual os dirigis a Él con el corazón y el espíritu, y el amor apostólico, que se esfuerza en asociaros a la obra de la Redención y extender el Reino de Dios?”¹⁷

CARISMA DE LOS FUNDADORES

Sólo así podréis despertar los corazones a la Verdad y al Amor divino, según el carisma de vuestros Fundadores, suscitados por Dios en su Iglesia. No de otro modo el Concilio insiste justamente en la obligación, por parte de los Religiosos y las Religiosas, de ser fieles al espíritu de sus Fundadores, a sus intenciones evangélicas, al ejemplo de su santidad, tomando de ello uno de los principios de la renovación en curso y uno de los criterios más seguros sobre los que cada uno de los Institutos debe eventualmente emprender.¹⁸ El carisma de la vida religiosa, en realidad, lejos de ser un impulso nacido “de la carne y de la sangre”¹⁹ ni derivado ciertamente de una mentalidad que “si conforma con el mundo presente”²⁰ es el fruto del Espíritu Santo que siempre obra en la Iglesia.

II. — DEBER ESENCIAL

A) CASTIDAD CONSAGRADA

Sólo el amor de Dios — precisa repetirlo — llama en forma decisiva a la castidad religiosa. Este amor, por otra parte, exige tan imperiosamente la caridad fraterna, que el religioso vivirá más profundamente con sus contemporáneos en el corazón de Cristo. Con esta condición, el don de sí mismo, hecho a Dios y a los otros, será manantial de una paz profunda. Sin despreciar en modo alguno el amor humano y el matrimonio — según la fe, ¿no es éste imagen y participación de la unión de amores que une a Cristo y la Iglesia? ²² —, la castidad consagrada reclama que esta unión en manera más inmediata y eficaz obre aquella superación a la que debería tender todo amor humano. Así en el momento mismo en que este último está más que nunca amenazado por “un erotismo devastador”,²³ debe ser hoy, más que nunca, comprendido y vivido con rectitud y generosidad. Decididamente positiva, la castidad atestigua el amor preferencial por el Señor, y simboliza, de la manera más eminente y absoluta, el misterio de la unión del Cuerpo místico a Su Cuerpo, de la Esposa a su eter-

FORMAS EXTERIORES E IMPULSO INTERIOR

Y precisamente aquí encuentra su impulso el dinamismo propio de cada una de las familias religiosas, porque, si la llamada de Dios se renueva y se diferencia según las circunstancias mudables de lugar y de tiempo, requiere sin embargo orientaciones constantes. El impulso interior que a ella corresponde, suscita en su seno la existencia de ciertas opciones fundamentales. La fidelidad a sus exigencias es la piedra de toque de la autenticidad de una vida religiosa. No lo olvidemos: toda institución humana está iniciada de esclerosis y amenazada de formalismo. La regularidad exterior no bastaría por sí misma, a garantizar el valor de su vida y su íntima coherencia. Por lo tanto es necesario reavivar incesantemente las formas exteriores con este impulso interior, sin el cual esas transformaciones exteriores tomarían muy pronto un cariz excesivo.

A través de la diversidad de las formas, que dan a cada Instituto su fisonomía propia y tienen su raíz en la plenitud de la gracia de Cristo,²¹ la regla suprema de la vida religiosa, su última norma, es la de seguir a Cristo según las enseñanzas del Evangelio. ¿No es tal preocupación lo que ha suscitado en la Iglesia, durante el curso de los siglos, la exigencia de una vida casta, pobre, obediente?

no Esposo. La castidad, en fin alcanza, transforma, penetra el ser humano hasta lo más íntimo, mediante una misteriosa semejanza con Cristo.

FUENTE DE FECUNDIDAD ESPIRITUAL

Es para vosotros necesario, amados hijos e hijas, restituir a la espiritualidad cristiana de la castidad consagrada toda su eficacia. Cuando es realmente vivida con miras al Reino de los Cielos, la castidad libera el corazón del hombre, y se viene a ser “como un símbolo, como un estímulo de la caridad y una especial fuente de fecundidad espiritual en el mundo.”²⁴ Aunque esto último no se reconozca, permanece en todo caso místicamente eficaz en medio del desconocimiento.

17. Cf. Decr. *Perfectae caritatis*, n. 5.

18. Cost. Dogm. *Lumen gentium*, n. 45; Decr. *Perfectae caritatis* n. 2. b.

19. Cf. *Gv* 1, 13.

20. Cf. *Rom* 12, 2.

21. Cf. *1 Cor* 12, 12-30.

22. Cf. Cost. Past. *Gaudium et spes*, n. 48; cf. *Efes*, 5, 25 e 32.

23. Cf. Discorso ai Gruppi “Notre Dame”, 4 maggio 1970, n. 4, in *A.A.S.* 62, 1970, p. 429.

24. Cf. Cost. Dogm. *Lumen gentium*, n. 42.

DON DE DIOS

En cuanto a nosotros, nuestra convicción debe permanecer firme y segura; el valor y la fecundidad de la castidad, observada por amor a Dios en el celibato religioso, encuentra su más profundo fundamento en la palabra de Dios, en las enseñanzas de Cristo, en la vida de su Madre virgen, así como en la tradición apostólica, que ha sido incesantemente afirmada por la Iglesia. Se trata pues, de un don precioso, que el Padre concede a algunos. Frágil y vulnerable por la humana debilidad, queda expuesto a las contradicciones de la pura razón y en parte incomprendible a aquéllos, a los que la luz del Verbo Encarnado no ha revelado que quien "ha perdido su vida" por Él, "la encontrará de nuevo".⁵²

B) POBREZA CONSAGRADA

Castos en seguimiento de Cristo vosotros queréis también vivir pobres según su ejemplo, en el uso de los bienes de este mundo necesarios para el cotidiano sostén. Sobre este punto, por lo demás nuestros contemporáneos os interrogarán con particular insistencia. Ciertamente los Institutos religiosos tienen una importante misión que desarrollar en el cuadro de las obras de misericordia, de asistencia y de justicia social: es claro que, en el cumplimiento de este servicio, deben permanecer siempre atentos a las exigencias del Evangelio.

EL CLAMOR DE LOS POBRES

Más urgente que nunca, vosotros sentís elevarse "el clamor de los pobres",²⁶ de su indigencia personal, de su miseria colectiva. ¿No es tal vez para responder a su llamada de criaturas privilegiadas de Dios que ha venido Cristo,²⁷ llegando hasta el punto de identificarse con ellos?²⁸ En un mundo en pleno desarrollo que queden masas e individuos miserables, es una llamada insistente a "una conversión de las mentalidades y las actitudes",²⁹ especialmente a vosotros que seguís "más de cerca" a Cristo³⁰ en su condición terrena de anonadamiento. Esta llamada — no lo ignoramos — resuena en vuestro corazón de manera tanto más dramática, que algunos de vosotros, sufren a veces incluso la tentación de una acción violenta. ¿Qué discípulo de Cristo podría seguir un camino diferente del suyo? Nuestro camino, como sabéis, no es un movimiento político o temporal, sino una llamada a la conversión del corazón, a la liberación de todo cuidado temporal, al amor.

POBREZA Y JUSTICIA

¿Entonces, cómo encontrará eco en vuestra existencia el clamor de los pobres? Ella debe prohibir ante todo, lo que fuera un compromiso con cualquier forma de injusticia social. Ella obliga por otra parte, a despertar la conciencia ante el drama de la miseria y a la exigencia de justicia social del Evangelio y de la Iglesia. Induce a algunos de entre vosotros a llegarse a los pobres en su condición, a convivir sus ansias lacinantes. Invita, por otra parte, a no pocos de vuestros Institutos, a reconvertir en favor de los pobres ciertas obras, cosa que, ya han hecho generosamente. Ella, en fin, impone un uso de los bienes limitado a cuanto es requerido para el cumplimiento de la misión a que habéis sido llamados. Precisa que mostréis en vuestra vida cotidiana la prueba, también externa, de la auténtica pobreza.

USO DE LOS BIENES DEL MUNDO

En una ciudad y en un mundo señalado por un prodigioso impulso de crecimiento material casi indefinido, ¿qué testimonio ofrecería un Religioso que se dejase arrastrar en una búsqueda desenfadada de la propia comodidad, y encontrase normal concederse sin discernimiento la posesión de todo lo que le acomoda? Mientras para muchos ha aumentado el peligro de ser atacados por la seductora seguridad del poseer, del saber y del poder, la llamada de Dios os coloca en el vértice de la conciencia cristiana: recordar a los hombres que su progreso verdadero y total consiste en responder a su vocación de "participar como hijos en la vida de Dios viviente, Padre de todos los hombres".³¹

LA EXIGENCIA EVANGÉLICA

Vosotros sabréis igualmente captar el lamento de tantas vidas, laceradas en el vértice implacable del trabajo por el producto, el provecho, el gozo del consumo, que, a su vez, obliga a una fatiga tal vez inhumana. Un aspecto esencial de vuestra pobreza será pues el de atestiguar el sentido humano del trabajo, desarrollado en libertad de espíritu y restituido a su naturaleza de medio de sustento y de servicio. ¿No ha puesto el Concilio, muy a propósito, el acento sobre

25. Cf. *Mt* 10, 39; 16, 25; *Mc* 8, 35; *Lc*. 9, 24; *Gv* 12, 25.

26. Cf. *Sal* 9, 13; *Job* 34, 28; *Prov* 21, 13.

27. Cf. *Lc* 4, 18; 6, 20.

28. Cf. *Mt* 25, 35-40.

29. Cost. Past. *Gaudium et spes*, n. 63.

30. Cf. *Mt* 19, 21; 2 *Cor* 8, 9.

31. Enc. *Populorum progressio* n. 21, in *AAS* 59, 1967, p. 268.

bajo?"³² Ganad vuestra vida y la de vuestros hermanos o vuestras hermanas, ayudad a los pobres con vuestro trabajo: he ahí los deberes que os incumben. Pero vuestra actividad no puede derogar la vocación de vuestros diversos Institutos, ni comportar habitualmente trabajos, que sustituyan el cumplimiento de vuestra misión específica. Esta misión no puede en modo alguno convertirse en cierta manera hacia la secularización con detrimento de la vida religiosa. Sed pues solícitos, del espíritu que os anima: fallaría si os sintieseis "valorizados" únicamente por la retribución de los trabajos profanos.

COOPARTICIPACIÓN FRATERNA

La necesidad, tan categórica hoy, de la cooparticipación fraterna debe conservar su valor evangélico. Según la expresión de la *Didake*, "si convivís entre vosotros los bienes eternos, a más fuerte razón debéis convivir los bienes perecederos".³³ La pobreza efectivamente vivida poniendo en común los bienes, comprendido el salario, atestiguará la espiritual comunión que os une; será un reclamo viviente para todos los ricos y aportará también un alivio a vuestros hermanos o hermanas que de ello tengan necesidad. El deseo legítimo de ejercitar una responsabilidad personal no se expresará en el gozo del propio rendimiento, sino en la participación fraterna del bien común. La forma de la pobreza de cada uno y de cada una de las Comunidades dependerán del tipo de Instituto y de la forma de obediencia, que os es práctica: así se realizará, según la particular vocación, el carácter de dependencia que es inherente a toda pobreza.

LA EXIGENCIA EVANGÉLICA

Vosotros constataréis, amados hijos e hijas; las necesidades del mundo actual, si las probáis en íntima unión con Cristo, y harán más urgente y más profunda vuestra pobreza. Si es necesario, evidentemente, tener en cuenta el ambiente humano en que vivís, para adaptar a él vuestro estilo de vida, vuestra pobreza no podrá sin embargo ser pura y simplemente conformidad a las costumbres de tal ambiente. Su valor de testimonio derivará de una generosa respuesta a la exigencia evangélica, en la fidelidad total a vuestra vocación, y no sólo en una preocupación de parecer pobre, que podría ser demasiado superficial, sino, también, de evitar los modos de vida, que podrían denotar cierta exhibición y vanidad. Aun reconocimiento que ciertas situaciones pueden justificar

el abandono de un tipo de hábito religioso, no podemos silenciar que el hábito de los Religiosos y las Religiosas, sea, como quiere el Concilio, signo de su consagración,³⁴ y se diferencie, en cierto modo, de las formas abiertamente secularizadas.

C) OBEDIENCIA CONSAGRADA

¿No es la misma fidelidad que inspira vuestra profesión de obediencia, a la luz de la fe y según el dinamismo de la caridad de Cristo? Mediante esta profesión, en efecto, os compete el ofrecimiento total de vuestra voluntad, y entrar más decidida y seguramente en su designio de salvación. Con el ejemplo de Cristo, venido a cumplir la voluntad del Padre, en comunión con Él que "sufriendo ha aprendido la obediencia" y "se ha hecho servidor de sus propios hermanos", vosotros estáis vinculados "más estrechamente al servicio de la Iglesia" y de vuestros hermanos.³⁵

FRATERNIDAD EVANGÉLICA Y SACRIFICIO

La aspiración evangélica a la fraternidad ha sido expresada con todo relieve en el Concilio: la Iglesia se ha definido como "el Pueblo de Dios" en el cual la Jerarquía está al servicio de los miembros de Cristo, unidos entre sí por la misma caridad.³⁶ En el estado religioso, como en toda la Iglesia, se vive el mismo misterio pascual de Cristo. El sentido profundo de la obediencia se revela en la plenitud de este misterio de muerte y resurrección, en el que se realiza de manera perfecta el destino sobrenatural del hombre; es, en efecto, a través del sacrificio, el sufrimiento y la muerte, que el religioso llega a la verdadera vida.

Ejercitar la autoridad en medio de vuestros hermanos, significa pues, servirles,³⁷ bajo el ejemplo de Aquel que "ha dado su vida para el rescate de muchos".³⁸

AUTORIDAD Y OBEDIENCIA

Por lo tanto, al servicio del bien común, la autoridad y la obediencia se ejercitarán como dos aspectos complementarios de la misma participación en el ofrecimiento a Cristo: para los que obran por autoridad,

32. Decr. *Perfectae caritatis*, n. 13.

33. *Didaké*, IV, 8; cf. *Acti* 4, 32.

34. Cf. Decr. *Perfectae caritatis*, n. 17.

35. Cf. *ibid.* n. 14; *Gv* 4, 34; 5, 30 e 10, 15-18; *Ebr* 5, 8 e 10, 7; *Sal* 40, 8-9.

36. Cf. Cost. Dogm. *Lumen gentium*, capp. I-III.

37. Cf. *Lc* 22, 26-27; *Gv* 13, 14.

38. *Mt* 20, 28; cf. *Fil* 2, 8.

se trata de servir en los hermanos el designio de amor del Padre, mientras que con la aceptación de sus directivas, los Religiosos siguen el ejemplo de vuestra necesaria sumisión a la "ley común del nuestro Maestro"³⁹ y colaboran a su obra de salvación. Así, lejos de ser una oposición, autoridad y libertad individuales proceden a un mismo paso en la aceptación de la voluntad de Dios, buscada fraternalmente, a través de un confiado diálogo entre los superiores y sus hermanos, cuando se trata de una situación personal, o a través de un acuerdo de carácter general cuando se refiere a toda la Comunidad. En esta búsqueda los Religiosos sabrán evitar tanto la excesiva agitación de los espíritus, como la preocupación de hacer prevalecer, sobre el sentido profundo de la vida religiosa, el atractivo de las opiniones corrientes. Es deber de cada uno, pero particularmente de los superiores y de cuantos ejercitan la responsabilidad entre hermanos o hermanas, despertar en la Comunidad la certeza de la fe, que debe guiarles. La investigación tiene el fin de profundizar esta certeza y de traducirla en práctica de la vida cotidiana según la necesidad del momento, y no ya, en modo alguno, ponerla en discusión. Este trabajo de común investigación, debe, cuando se da el caso, concluirse con la decisión del superior, cuya presencia y cuyo reconocimiento son indispensables en toda Comunidad.

EN LAS NECESIDADES DE LA VIDA COTIDIANA

Las modernas condiciones de la existencia inciden, naturalmente, sobre vuestro modo de vivir la obediencia. Muchos entre vosotros, desarrollan, en efecto, una parte de su actividad fuera de la Casa religiosa y ejercitan una función en la cual tienen una particular competencia. Otros son llevados a colaborar en grupos de trabajo, que tienen un régimen propio. El riesgo inherente a tales situaciones ¿no es una invitación a reafirmar y profundizar el sentido de la obediencia? Para que esto sea verdaderamente beneficioso, es necesario respetar algunas condiciones. Se debe, ante todo, comprobar si el trabajo asumido es conforme a la vocación del Instituto. Conviene también definir con claridad los dos ámbitos. Precisa, sobre todo, saber pasar de la actividad externa a la exigencia de la vida común, preocupándose de garantizar toda su eficacia a los elementos de la vida propiamente religiosa. Una de las obligaciones principales de los superiores es el de asegurar a sus hermanos o hermanas en religión las condiciones indispensables para su vida espiritual. Ahora bien, ¿cómo

podrá cumplirlo sin la fiel colaboración de toda la Comunidad?

LIBERTAD Y OBEDIENCIA

Añadimos también esto: cuanto más vosotros ejercitáis vuestra responsabilidad, tanto más llega a ser necesario renovar en su pleno significado el don de vosotros mismos. El Señor impone a cada uno la obligación de "perder la propia vida", si quiere seguirle.⁴⁰ Vosotros observaréis este precepto aceptando las directivas de vuestros superiores como una garantía de vuestra profesión religiosa, que es "ofrenda total de vuestra voluntad personal como sacrificio de vosotros mismos a Dios".⁴¹ La obediencia cristiana es una sumisión incondicional al querer divino. Pero la vuestra es más rigurosa, porque vosotros la habéis hecho objeto de una consagración especial, y el horizonte de vuestra elección es limitado por vuestra obligación. Es un acto completo de vuestra libertad que está en el origen de vuestra condición presente: vuestro deber es hacerlo cada vez más vivo, ya sea por vuestra iniciativa, ya sea con el asenso que prestáis de corazón a las órdenes de vuestros superiores. Así el Concilio enumera entre los beneficios del estado religioso "una libertad corroborada por la obediencia",⁴² y subraya que tal obediencia "lejos de disminuir la dignidad de la persona humana, la conduce a madurez, haciendo desarrollar la libertad de los hijos de Dios".⁴³

CONCIENCIA Y OBEDIENCIA

Por lo tanto, ¿es posible que haya conflicto entre la autoridad del superior y la conciencia del religioso, "este santuario, en el cual el hombre está sólo con Dios y en el cual se hace oír su voz"?⁴⁴ Es necesario repetirlo: la conciencia no es el solo árbitro del valor moral de las acciones que inspira, sino que debe referirse a normas objetivas y, si es necesario, debe reformarse y rectificarse. Hecha excepción de un orden de cosas que fuera abiertamente contrario a la ley de Dios o a las constituciones del Instituto, o que implicase un mal grave y cierto —en cuyo caso la obligación de obediencia no existe—, las decisiones del superior se refieren a un campo en el cual la valoración del bien mejor puede variar según los pun-

39. Cf. *Lc* 2, 51.

40. Cf. *ibid.* 9, 23-24.

41. Cf. Decr. *Perfectae caritatis*, n. 14.

42. Cost. Dogm. *Lumen gentium*, n. 43.

43. Decr. *Perfectae caritatis*, n. 14.

44. Cost. Past. *Gaudium et spes*, n. 16.

tos de vista. El querer deducir, de que un hecho dado aparezca objetivamente menos bueno, que ello es legítimo y contrario a la conciencia, significaría desconocer, en manera poco realística, la obscuridad y la ambivalencia de no pocas realidades humanas. Por otra parte el rechazo de obediencia trae consigo un daño con frecuencia grave, para el bien común. Un religioso no debería admitir fácilmente que haya contradicción entre el juicio de su conciencia y el de su superior. Esta situación excepcional alguna vez traerá un auténtico sufrimiento interior, tenemos el ejemplo del mismo Cristo: "que aprendió mediante el sufrimiento lo que significa la obediencia".⁴⁵

III. ESTILO DE VIDA

UN TESTIMONIO A DAR

Admitámoslo, Hijos e Hijas en Jesucristo: en el momento presente es difícil encontrar un estilo de vida en armonía con esta exigencia. Muchas solicitudes contrarias os empujan a buscar, ante todo, una acción humanamente eficaz. ¿Pero no toca a vosotros dar ejemplo de una austeridad gozosa y equilibrada, aceptando las dificultades inherentes al trabajo y a las relaciones sociales y soportando pacientemente las pruebas de la vida con su angustiosa inseguridad, como es la renuncia indispensable para la plenitud de la vida cristiana? Los religiosos, en efecto, "tienden a la santidad por una vía más estrecha".⁴⁶ En medio de estas penas, grandes o pequeñas, vuestro fervor interior os hace descubrir la Cruz de Cristo y os ayuda a acogerla con fe y con amor.

BAJO EL EJEMPLO DE CRISTO

En estas condiciones daréis el testimonio que el Pueblo de Dios espera: hombre y mujeres capaces de aceptar la incógnita de la pobreza, de sentirse atraídos por la sencillez y la humildad, amantes de la paz, inmunes a los compromisos, decididos a la abnegación total, libres y al mismo tiempo obedientes, espontáneos y tenaces, dulces y fuertes en la certeza de la fe: que esta gracia os será dada por Jesucristo en proporción del don completo que habéis hecho de vosotros mismos. La historia reciente de tantos Religiosos y Religiosas que han sufrido generosamente por Cristo en diversos países, es una prueba elocuente. Mientras expresamos nuestra admiración hacia ellos, los proponemos a la imitación de todos.

LA CRUZ, PRUEBA DEL MÁS GRANDE AMOR

Esto para decir a qué grado de renuncia conduce la práctica de la vida religiosa. Debéis, pues, experimentar algo del peso que atraía al Señor hacia la Cruz, este "bautismo con el que debía ser bautizado", de donde vendría el acceso al fuego que os inflama; ⁴⁶ algo de aquella "locura" que San Pablo desea para todos nosotros, porque sólo ella nos hace sabios.⁴⁷ La cruz sea para vosotros como ha sido para Cristo, la prueba del más grande amor. ¿No hay una relación misteriosa entre la renuncia y el gozo, entre el sacrificio y la expansión del corazón, entre la disciplina y la libertad espiritual?

FORTIFICAR EL HOMBRE INTERIOR

Durante este camino, una ayuda preciosa os es ofrecida en la forma de vida que la experiencia, fiel a los carismas de los diversos Institutos, os ha hecho adoptar, y de la cual ha variado la síntesis y propone incesantemente nuevos desarrollos. Por diversas que sean las modalidades, este medio es siempre ordenado a la formación del hombre interior. Y es la premura de mortificarlo que os ayudará a reconocer, en el ámbito de tantas solicitudes diversas, la forma de vida más apropiada. Un excesivo deseo de flexibilidad y de espontánea creatividad puede neutralizar, el efecto, de una rigidez reduciendo la regularidad en las costumbres, que la vida de la Comunidad y la madurez de las personas reclaman. Impulsos desordenados, que se dan como caridad fraterna o que se creen mociones del Espíritu, pueden conducir las Instituciones a su destrucción.

IMPORTANCIA DEL AMBIENTE DE VIDA

No se debe por tanto minusvalorar —lo sabéis por experiencia— la importancia del ambiente de vida ya sea para la orientación habitual de todo el ser, en conjunto y en particular, en el sentido de la llamada divina, ya sea para la integración espiritual de sus tendencias. El corazón se deja aprisionar por lo que pasa. Ahora bien, muchos entre vosotros, se verán obligados a llevar su existencia, al menos en parte, en un mundo que tiende a exilar al hombre de sí mismo, y a comprometer al mismo tiempo que su

45. Ebr. 5, 8.

46. Cf. Lc 12, 49-50.

47. Cf. 1 Cor 3, 18-19.

48. Cost. Dogm. *Lumen gentium*, n. 13.

unidad espiritual, su unión con Dios. Es necesario, pues, que llegue a encontrarla también en estas condiciones de existencia, señalada por el ritmo cada vez más acelerado, por el ruido y las sollicitaciones de lo efímero.

BUSCAR EN DIOS EL TEMPLO DEL ALMA

¿Quién no ve toda la ayuda que nos ofrece, para llevar a esta unión, el conjunto fraterno de una existencia regular con la debida disciplina libremente aceptada? Este sedante es siempre necesario al que "retorna a su corazón",⁴⁹ en el sentido bíblico de la palabra, que expresa algo de lo más profundo de nuestros sentimientos, de nuestras ideas y de nuestros querer y está penetrado de la idea del infinito, del absoluto de nuestro eterno destino. En el extravío presente, los religiosos deben ser los testimonios del hombre, que, en su adhesión vital al propio fin, o sea al Dios viviente, han realmente unificado y abierto, mediante la integración de todas sus facultades, la purificación de sus pensamientos, la espiritualización de sus sentidos, la profundidad y la perseverancia de su vida en Dios.

NECESARIO RETIRO DEL MUNDO

En la medida, pues, en que vosotros asumís funciones externas es necesario que a la par paséis de esta actividad a la vida de recogimiento, en la que se templará vuestra alma. Si cumplís verdaderamente la obra de Dios, advertiréis en vosotros mismos la necesidad de tiempos de retiro en que junto con vuestros hermanos o vuestras hermanas en religión, transformaréis en tiempos de plenitud. Dadas el exceso de ocupaciones y las tensiones de la vida moderna, conviene, pues, atribuir una especial importancia, junto al ritmo cotidiano de la plegaria, estos momentos más prolongados de oración, distribuidos en diversos períodos, según las posibilidades y la naturaleza de vuestras vocaciones. Si pues, según vuestra Constitución, la Casa, a que pertenecéis, practica largamente la hospitalidad fraterna, dependerá de vosotros regular la frecuencia y el "estilo" de modo que evite cualquier vana agitación y facilitar a vuestros huéspedes la íntima unión con Dios.

INICIACIÓN ESPIRITUAL

Este es el sentido de la observancia que sella el ritmo de vuestra vida cotidiana. Lejos de considerarlo bajo el único aspecto de la obligación a una regla, una conciencia vigilante le juzga por el bene-

ficio que aporta en cuanto le asegura una mayor plenitud espiritual. Es conveniente afirmarlo: la observancia religiosa requiere mucho más que una instrucción racional o una educación de la voluntad, una verdadera iniciación tendente a cristianizar el ser, hasta su profundidad, según las Bienaventuranzas evangélicas.

DOCTRINA DE VIDA

El Concilio considera "una doctrina laudable para alcanzar la perfección"⁵⁰ como uno de los patrimonios de los Institutos y uno de los beneficios más grandes que se deben garantizar. Y porque esta perfección consiste en el proceder siempre más allá en el amor de Dios y de nuestros hermanos, conviene entender una tal "doctrina" de modo bien concreto. O sea como una doctrina de vida que debe ser efectivamente vivida. Esto quiere decir que la investigación, a la que se aplican los Institutos, no puede consistir solamente en ciertas adaptaciones para cumplir en función en la transformación del mundo; deben por el contrario favorecer el redescubrimiento fecundo de medios indispensables para conducir una existencia que esté toda penetrada por el amor a Dios y a los hombres.

CONSTRUCCIÓN DE UN HOMBRE NUEVO

Se impone, por consiguiente, la necesidad, tanto para la Comunidad como para las personas que la constituyen, pasar del estado "psíquico" a un estado que sea verdaderamente "espiritual".⁵¹ "El hombre nuevo", del que habla San Pablo, ¿no es tal vez la plenitud eclesial de Cristo y al mismo tiempo la participación de cada cristiano a esta plenitud? Tal orientación hará de vuestra Familia religiosa el ambiente vital, que desarrollará el germen de vida divina, iniciada en el bautismo en cada uno de vosotros y al que vuestra consagración, integralmente vivida, permitirá producir frutos con la mayor abundancia.

SENCILLEZ ACOGEDORA DE LA VIDA COMUNITARIA

Si imperfectos, como todos los cristianos, vosotros intentáis crear un ambiente apto para favorecer el progreso espiritual de cada uno de sus miembros, ¿cómo se pueden alcanzar estos resultados, sino profundizando en el Señor vuestras relaciones, con cada uno de vuestros hermanos, aun con los más sencillos?

49. Cf. *Is* 46, 8.

50. *Cost. Dogm. Lumen gentium*, n. 43.

51. Cf. *1 Cor* 2, 14-15.

La caridad —no lo olvidemos— debe ser como una activa esperanza de aquello que los demás pueden llegar a ser con el auxilio de nuestro sostén fraternal. El signo de su autenticidad se encuentra en la gozosa sencillez, con la que todos se esfuerzan en comprender que está en el corazón de cada uno.⁵² Si algunos Religiosos dan la impresión de haber dejado apagar su vida de comunidad, que habrían debido, por el contrario, expansionar ¿no será porqué falta en ella, esta cordialidad comprensiva que alimenta la esperanza? Es indudable que el espíritu de grupo, las relaciones de amistad, la colaboración fraterna en un mismo apostolado, al par del sostén recíproco en una comunidad de vida, elegida para un mejor servicio de Cristo, sean otros tantos coeficientes preciosos en ese cotidiano camino.

PEQUEÑA COMUNIDAD

Bajo este punto de vista emergen algunas tendencias dirigidas a crear Comunidades más reducidas. Una especie de reacción espontánea contra el anonimato de la concentración urbana, la necesidad de adaptar el edificio de una Comunidad al *habitat* exiguo de la ciudad moderna y la conveniencia misma de estar más cerca por las condiciones de vida, de una sociedad a evangelizar, se cuentan entre los motivos que inducen a ciertos Institutos a proteger, con preferencia, la fundación de Comunidades, de poco

número de miembros. Éstas pueden también favorecer el desarrollo de relaciones más estrechas entre los Religiosos y una recíproca y más fraterna toma de responsabilidad. También, según un cierto esquema puede efectivamente favorecer el nacimiento de un clima espiritual, pero sería ilusorio creer que ello baste para su desarrollo. La pequeña Comunidad en vez de presentar una forma de vida más fácil, se revela, por el contrario, más exigentes para sus miembros.

GRANDES COMUNIDADES

Por otra parte, permanece cierto que la Comunidad numerosa conviene de modo especial a muchos Religiosos. Pueden ser requeridas también por otra parte por la naturaleza de un servicio caritativo, de ciertos trabajos de carácter intelectual o de la actuación de la vida contemplativa o monástica: que os rija siempre la unidad perfecta de corazón y de alma, en exacta correspondencia con el fin espiritual y sobrenatural al cual se tiende. Por lo demás, prescindiendo de las dimensiones, la Comunidad, pequeña o grande, no puede ayudar a sus miembros sino permaneciendo constantemente animada por el espíritu evangélico, alimentada por la pleagria y señalada generosamente por la mortificación del hombre viejo, con la disciplina necesaria para la formación del hombre nuevo y por la fecundidad del sacrificio de la Cruz.

IV. RENOVACIÓN Y CRECIMIENTO ESPIRITUAL

DESEO DE DIOS

¿Cómo podríais, amados Religiosos y Religiosas, desear conocer mejor Aquél a quien amáis y queréis manifestar a los hombres? ¡A Él os une la plegaria! Si le habéis perdido el gusto, volveréis a sentir de nuevo el deseo poniéndoos humildemente a orar. No olvidéis, por lo demás, el testimonio de la historia: la fidelidad a la oración o su abandono son el paradigma de la vitalidad o de la decadencia de la vida religiosa.

PLEGARIA

Descubrimiento de la intimidad divina, exigencia de adoración, necesidad de intercesión: la experiencia de la santidad cristiana nos demuestra la fecundidad de la pleagria, en la que Dios se manifiesta al espíritu y al corazón de sus servidores. Este conocimiento de Él mismo el Señor lo da en el fuego del amor. Son múltiples los dones del Espíritu pero no

consienten siempre gustar este conocimiento íntimo y verdadero del Señor, sin el cual no llegaremos a comprender el valor de la vida cristiana y religiosa, ni a poseer la fuerza para progresar en el gozo de una esperanza que no engaña.

EL ESPÍRITU DE ORACIÓN

PENETRA LA VIDA FRATERNA

Cierto, el Espíritu Santo os da también la gracia de descubrir el rostro del Señor en el corazón de los hombres que Él mismo nos enseña a amar como hermanos. Y os ayuda a encontrar las manifestaciones de su amor en la trama de los acontecimientos. En la humilde atención dirigida a los hombres y a las cosas, el Espíritu de Jesús nos ilumina y nos enriquece con su sabiduría, para que seamos profundamente penetrados por el espíritu de oración.

52. Cf. Gal c, 2.

NECESIDAD DE VIDA INTERIOR

¿No es tal vez una de las miserias de nuestro tiempo el desequilibrio “entre las condiciones colectivas de la existencia y la exigencia del pensamiento personal y de la vida misma de contemplación”?⁵³ ¡Muchos hombres —entre ellos muchos jóvenes— han perdido el sentido de su vida y van ansiosamente en búsqueda de la dimensión contemplativa de su ser, sin pensar que Cristo, por medio de su Iglesia, podría darles la respuesta que esperan! Hechos de este género han de llevaros a reflexionar seriamente sobre aquello que los hombres tienen derecho de esperar de vosotros que estáis formalmente entregados a vivir al servicio del Verbo, “la luz verdadera que ilumina a todo hombre”.⁵⁴ Tomad pues conciencia de la importancia de la oración en vuestra vida, y ved de aplicaros generosamente; la fidelidad a la plegaria cotidiana es para cada uno y para cada una de vosotros una necesidad fundamental y debe ocupar el primer puesto en vuestras Constituciones y en vuestra vida.

SILENCIO

El hombre interior conoce los tiempos de silencio como una exigencia del amor divino y una cierta solicitud es para ellos normalmente necesaria para oír a Dios que “habla al corazón”.⁵⁵ Precisa subrayarlo: un silencio que fuese sencillamente ausencia de rumores o de palabras, en el que el alma no pudiera acogerse, estaría evidentemente privado de toda clase de valor espiritual, y podría también ser perjudicial a la caridad fraterna, si, en aquel momento, urgiese establecer contacto con los otros. En vez de esto la intimidad con Dios comporta la necesidad, verdaderamente vital, de un silencio de todo el ser, ya sea para aquellos que deben encontrar a Dios también en medio del tumulto, ya sea para los contemplativos.⁵⁶ La fe, la esperanza, un amor de Dios disponible a los dones del Espíritu, como un amor fraterno abierto al misterio de los otros, implican con exigencia, una necesidad de silencio.

VIDA LITURGIA

¿Es necesario, en fin, recordaros el lugar especialísimo que ocupa en vuestra Comunidad, la liturgia de la Iglesia, cuyo centro es el sacrificio eucarístico, en el cual la oración interior se junta al culto externo?⁵⁷ En el momento de vuestra profesión religiosa vosotros habéis sido ofrecidos al Dios de la Iglesia, en íntima unión al sacrificio eucarístico.⁵⁸ Día tras día

este ofrecimiento de vosotros mismos debe convertirse en realidad, concreta y continuamente renovada. La comunión con el Cuerpo y la Sangre de Cristo es el manantial primario de esta renovación: ⁵⁹ vuestra voluntad de amar verdaderamente hasta el don de la vida sea incesantemente revigorizada.

LA EUCARISTÍA CORAZÓN DE LA COMUNIDAD Y MANANTIAL DE VIDA

Reunida en Su nombre, vuestra comunidad ha de tener como su centro la Eucaristía “sacramento de amor, signo de unidad, vínculo de caridad”.⁶⁰ Es pues normal que esté visiblemente reunida en un oratorio en el que la presencia de la santa Eucaristía expresa y al mismo tiempo realiza aquello que debe ser la principal misión de toda Familia religiosa, como de toda la Asamblea cristiana. La Eucaristía gracias a la cual no cesamos de anunciar la muerte y la resurrección del Señor y de preparar su retorno en la gloria, trae constantemente a vuestra memoria los sufrimientos físicos y morales, de los que Cristo fue oprimido y había libremente aceptado hasta la agonía y la muerte sobre la cruz.

FECUNDIDAD ESPIRITUAL PARA EL MUNDO

De tal modo también al mundo está presente en el centro de vuestra vida de oración y de ofrecimiento, como el Concilio vigorosamente ha expuesto: “No se ha de pensar que los Religiosos, por el hecho de su consagración, se hagan extraños a los hombres e inútiles a la sociedad terrena. De hecho, aunque tal vez no asistan directamente a sus contemporáneos, ellos los tienen siempre presentes de modo más profundo con la ternura de Cristo, y con Él colaboran espiritualmente, a fin de que la edificación de la ciudad terrena tenga siempre su fundamento en el Señor y a Él se dirija, y no ocurra que “trabajen en vano aquellos que están edificando”.⁶¹

PARTICIPACIÓN EN LA MISIÓN DE LA IGLESIA

Esta participación en la misión de la Iglesia —insiste el Concilio— no puede darse sin una apertura

53. Cost. Past. *Gaudium et spes*, n. 8.

54. *Gv* 1, 9.

55. Cf. *Os* 2, 16 [14].

56. Cf. Istruz. sulla vita contemplativa *Venite seorsum*, del 15 agosto 1969, in *AAS* 61, 1969, pp. 674-690; e *Messaggio dei Religiosi contemplativi al Sinodo dei Vescovi*, del 10 ottobre 1967, in *La Documentation Catholique*, 64, Paris 1967, col. 1907-1910.

57. Cf. Cost. *Sacrosanctum Concilium*.

58. Cf. *Rituale della Professione Religiosa*.

59. Cf. Decr. *Perfectae caritatis*, n. 15.

60. Cost. *Sacrosanctum Concilium*, n. 47.

61. Cost. Dogm. *Lumen gentium*, n. 46.

y una colaboración a sus "iniciativas y a los fines que ella persigue en los varios campos, como el bíblico, litúrgico, dogmático, pastoral, ecuménico, misional y social".⁶² Preocupados de tomar parte en la pastoral de conjunto, vosotros, lo haréis, ciertamente, siempre "en el respeto del carácter propio de cada Instituto, recordando que las excepciones miran sobre todo a la estructura interna y que no os dispensa de someteros a la jurisdicción de los obispos responsables "según que cuando sea reclamado el cumplimiento de su ministerio pastoral, sea la buena organización de la cura de almas".⁶³ Por lo demás no debéis vosotros, más que los otros, recordar que la acción de la Iglesia continúa la del Salvador en provecho de los hombres, sólo entrando en el movimiento de Cristo mismo, que todo lo conduce a su Padre: "Todo es vuestro, pero vosotros sois de Cristo, y Cristo es de Dios".⁶⁴ La llamada de Dios, en efecto, os orienta de la manera más directa y más eficaz en el sentido del Reino eterno. A través de las tensiones espirituales, inevitables en toda vida que sea verdaderamente religiosa, vosotros sois testigos, "en forma luminosa y singular que el mundo no puede ser transfigurado sino en el espíritu de las Bienaventuranzas".⁶⁵

PARA UNA AUTÉNTICA RENOVACIÓN DE LA VIDA RELIGIOSA

Amados hijos e hijas en Cristo, la vida religiosa para renovarse debe adoptar sus formas accidentales y algunos cambios que tienen relación con la rapidez y amplitud creciente de las condiciones de toda exigencia humana. Pero ¿cómo acoplar manteniendo "aquellas formas estables de vida",⁶⁶ reconocidas por la Iglesia, sino mediante una renovación de la auténtica e integral vocación de vuestro Instituto? Para un ser vivo la adaptación a su ambiente no consiste en el abandono de su verdadera identidad, sino en afirmarse más bien, en la vitalidad que le es propia. La profunda comprensión de las tendencias actuales y de las necesidades del mundo moderno debe hacer resaltar vuestro origen con renovado vigor y frescura. Tal empresa es excelsa en proporción a su dificultad.

NECESIDAD DE SU TESTIMONIO EVANGÉLICO EN EL MUNDO DE HOY

Un interrogante ardiente nos asalta ¿cómo hacer penetrar el mensaje evangélico en la civilización de la masa? ¿Cómo obrar al nivel que se elabora la nue-

va cultura, en la que se instaura un nuevo tipo de hombre, que cree no tener necesidad de redención? Siendo todos llamados a la contemplación del misterio de salvación ¿comprendéis la seria empresa que se deriva de vuestra existencia con referencia a tales interrogantes y qué estímulo es para vuestro celo apostólico! Amados Religiosos y Religiosas, según la modalidad que la llamada de Dios requiere de vuestra Familia espiritual, vosotros debéis seguir con ojos muy abiertos las necesidades de los hombres, sus problemas, lo que buscan, testimoniando en medio de ellos, con la oración y con la acción, la eficacia de la Buena Nueva de amor, de justicia y de paz. La aspiración de la humanidad a una vida más fraternal, a nivel de las personas y de las naciones, exige ante todo una transformación de las costumbres, de la mentalidad, de la conciencia. Tal misión que es común a todo el Pueblo de Dios, es vuestra con títulos especiales. ¿Cómo adaptarla, si falta este gusto del absoluto, que es el fruto de cierta experiencia de Dios? Ello equivale a subrayar como la auténtica renovación de la vida religiosa es de capital importancia para la renovación misma de la Iglesia y del mundo.

TESTIMONIO VIVIENTE DE AMOR AL SEÑOR

Este mundo, hoy más que nunca, tiene necesidad de ver en vosotros hombres y mujeres, que han creído en la Palabra del Señor, a en su resurrección, en la vida eterna hasta el punto de poner su vida terrena para testimoniar la realidad de este amor, que se ofrece a todos los hombres. La Iglesia no ha cesado en el curso de su historia, de ser vivificada y regocijada por tantos santos Religiosos y Religiosas que, en la diversidad de sus vocaciones, fueron testimonios vivos de un amor sin límites al Señor Jesús. Esta gracia ¿no es para el hombre de hoy como un soplo vivificante venido del infinito, como una liberación de sí, en la perspectiva de un gozo eterno y absoluto? Abiertos a tal gozo divino, renovando la afirmación de la realidad de la fe, e interpretando cristianamente a su luz las necesidades del mundo, vivid generosamente las exigencias de vuestra vocación. Es éste el momento de atender con la máxima seriedad a una rectificación, si es necesaria, de vuestra conciencia y también a la revisión de toda vuestra vida en vista a una mayor fidelidad.

62. Decr. *Perfectae caritatis*, n. 2 c.

63. Cf. Decr. *Christus Dominus*, número 35, 3.

64. 1 *Cor* 3, 22-23; cf. Cost. Past. *Gaudium et spes*, n. 37.

65. Cost. Dogm. *Lumen gentium*, n. 31.

66. Cf. *ibid.* n. 43.

LLAMADA A TODOS LOS RELIGIOSOS Y RELIGIOSAS

Contemplándoos con la ternura del Señor cuando decía a sus discípulos “pequeña grey”, y les anunciaba que su Padre se complacía en darles el Reino,⁶⁷ Nos os suplicamos que conservéis la sencillez de los “más pequeños” del Evangelio. Sabed retornarla en la interior y más cordial relación con Cristo, o en el contacto directo con vuestros hermanos. Conoceréis entonces, el “saltar de gozo por la acción del Espíritu Santo”, que es para aquellos que son introducidos en los secretos del Reino. No busquéis entrar en el número de “sabios hábiles”, que todo conspira a multiplicar y a los que tales secretos son negados.⁶⁸ Sed verdaderamente pobres, mansos, hambrientos de santidad, misericordiosos, puros de corazón porque gracias a ellos el mundo conocerá la paz de Dios.⁶⁹

IRRADIACIÓN FECUNDA DE VUESTRO GOZO

El gozo de pertenecer a Dios para siempre es un incomparable fruto del Espíritu Santo que vosotros habéis ya saboreado. Animados con este gozo, que Cristo os conservara también en medio de las pruebas, sabed esperar con fe el porvenir. En la medida que lo irradiara vuestra Comunidad, este gozo será para todos la prueba de que el estado de vida que

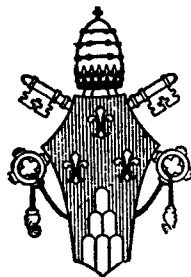
habéis elegido os ayuda a través de la triple renuncia de vuestra profesión religiosa, a realizar la máxima expansión de vuestra vida en Cristo. Mirándoos a vosotros y a vuestra vida, los jóvenes podrán captar bien la llamada, que Jesús no deja nunca de hacer resonar en medio de ellos.⁷⁰ El Concilio os lo recuerda: “El ejemplo de vuestra vida constituye la mejor recomendación del Instituto y la más eficaz invitación a abrazar la vida religiosa”.⁷¹ Nadie duda, por otra parte, que demostrándoos profunda estima y gran afecto, Obispos, sacerdotes, padres y educadores cristianos despertarán en muchos el deseo de ir en vuestro seguimiento, en respuesta a la llamada de Cristo, que no cesa de llamar entre sus discípulos.

PLEGARIA A LA VIRGEN

Que la Madre amantísima del Señor, sobre cuyo ejemplo habéis consagrado a Dios vuestra vida, os obtenga, en vuestro cotidiano caminar, aquella alegría inalterable que sólo Dios puede dar. Que vuestra vida, siguiendo su ejemplo, dé testimonio de “aquel amor materno, del que deben estar animados todos los que, asociados a la misión apostólica de la Iglesia, colaboran a la regeneración de los hombres”.⁷² Hijos e hijas carísimos, la alegría del Señor transfigure vuestra vida consagrada, y la fecunde su amor. En su nombre, de todo corazón, Nos os bendecimos.

67. Cf. *Lc* 12, 32.
68. Cf. *ibid.* 10,21.
69. Cf. *Mt* 5,3-11.

70. Cf. *ibid.* 19, 11-12; 1 *Cor* 7, 34.
71. Cf. Decr. *Perfectae caritatis*, n. 24.
72. Cost. Dogm. *Lumen gentium*, n. 65.



SANTAS JULIANA Y SEMPRONIANA

Panegírico pronunciado por el Ilmo. Sr. Rdo. D. José Bachs, en la fiesta de las Santas, el 27 de julio de 1966, en la Basílica Parroquial de Santa María de Mataró.

I

La palabra de Dios que acabamos de escuchar, excelentísimos e ilustrísimos señores y amados hermanos, tiene la virtud de podernos retrotraer fácilmente hasta las mismas fuentes del Evangelio, porque éstas vírgenes prudentes que apañan sus lámparas, hacen por tenerlas encendidas hasta la llegada del Esposo y con Él entran en la Sala del banquete nupcial, son figura cabal de aquellas almas ardientes de los primeros siglos, que encendieron en su corazón la lámpara de la fe en Cristo, la llevaron bien provista de buenas obras y de caridad, y pudieron entrar en los eternos Tabernáculos de la gloria por el supremo acto de esta caridad, el martirio. Tal como sucedía con nuestras Santas.

Y esto es precioso para nosotros, ahora, en esta época en que la Iglesia postconciliar quiere injertar al mundo moderno la fe ardiente, el espíritu comunitario, la sencillez, el espíritu de pobreza de la Iglesia primitiva.

¿Es que hay que pensar que el hombre actual ha perdido su sentido de lo religioso? ¿Es acaso el hombre moderno un desarraigado de Dios que ha ahogado todo afán por el más allá, en el contacto, en el calor de la tierra? El sí o el no serían una respuesta fácil, ¡pero inexacta!

Cuando el hombre se ha hundido en sí mismo en busca de nuevas energías, sediento de resucitar de sus propias cenizas, lo ha hecho siempre hambriento otra vez de Dios o por hallazgo, o por nostalgia.

Y en este hecho histórico se ha fundamentado el Concilio al trazar los módulos para que el hombre moderno pueda oír el anuncio de Dios, conseguir su encuentro, y con él, todo bien en lo humano y, sobre todo, el retorno a lo sobrenatural.

II

En la tierra hay muchos ángeles capaces de anunciar Dios al hombre, y el primero, la Naturaleza, libro siempre abierto y en el que todos alguna vez han leído; pero, actualmente, la Naturaleza bajo la

seriedad en cierto modo aniquiladora de la Ciencia, ha perdido mucho de su poder de mensaje, de evocación de símbolo. No. *El Concilio ha buscado las raíces de Dios, precisamente dentro del hombre mismo:*

Ha penetrado la soledad actual del corazón del hombre de hoy, y ha encontrado en él el ansia de la libertad; ha entrado en su mente y ha visto la apertura de la inteligencia el horizonte absoluto de la verdad, y ha descubierto, enfrente del hombre, el "tú" de los otros hombres a quienes amar.

III

Tres ángeles que anuncian permanentemente Dios al hombre; tres ángeles capaces de arrancarle de la costra de la tierra y sublimarlo ante Dios: el ángel de la libertad, el ángel de la verdad y el ángel del amor.

Sería hermoso explicar extensamente la manera cómo estos ángeles derraman su luz. Hay que estar hoy un poco por la música que suena maravillosamente. Intentaré compendiarlo en pocos minutos, supuesta vuestra benevolencia y la gracia de Dios. Tarea algo difícil que emprendo con ilusión en honor de nuestras Santas, por amor a esta culta ciudad de Mataró, y, ¿por qué no decirlo?, por cariño entrañable a esta familia parroquial de Santa María a la que pertencí los 25 primeros años de mi existencia, de la que recibí bienes de todos órdenes, y, cuyo recuerdo me ha acompañado toda la vida, constituido dentro de mí nada menos que como la causa ejemplar de toda mi vida de apostolado.

IV

El drama de la Historia, excelentísimos e ilustrísimos señores y amados hermanos, ha tenido siempre un oculto actor, un director invisible, quizás una sombra fugaz escondida entre bambalinas; pero que ha gravitado sobre la conciencia humana con un peso inexplicable: ¡Destino, Espíritu, Azar, Misterio, Dios!

No se puede explicar la historia humana sin tener en cuenta este poder intangible.

Pero al hombre actual no le basta percibir la presencia de la Divinidad en el relieve de los pasados siglos, necesita ver a Dios en el contacto inmediato de la vida. El hombre hoy, es como nunca místico o ateo: o ve a Dios radicando en su espíritu y en cada una de las manifestaciones de su vida, o se ve lanzado al olvido de la religión.

La vida se ha cerrado sobre el mundo, sobre la experiencia, sobre la naturaleza. En otras palabras: si Dios no está presente en las calles y en las plazas, en las fábricas y en el taller, en la intimidad del Templo y del hogar, ya no es posible una cita entre ambos, porque el hombre, cansado de los esfuerzos metafísicos de épocas pasadas, se ha abrazado al jugoso seno de la tierra como para percibir su impulso magnético: marxismo, nietschenismo, positivismo, existencialismo, modernismo e inmanentismo, son el trasfondo del hombre actual, referido esencial y adecuadamente a la tierra de mundo, de la mujer, ¡de sí mismol

El ateo como el creyente se han sumergido en la convicción de la importancia de la vida, de la técnica de la autonomía humana. Aquél, haciendo dios de la vida y de la humanidad; éste, queriendo encontrar a Dios a través de ellos. Por diversos caminos confluyen todos a una misma síntesis mundana.

Las raíces afectivas de nuestra civilización y su impulso a los valores, marcan la misma pauta: crece por doquier el ansia de comodidad, de placer, de dominio. El culto al cuerpo tiene hoy los mismos caracteres paganos que en la Roma Cesárea o en la Grecia Olímpica. El atractivo al sexo sobrenada en la publicidad, en los espectáculos, en las costumbres; la técnica, al galopar por los espacios sidéreos parece prometer al hombre un futuro esperanzador que nada tiene que ver con el Paraíso del Cielo.

Se llega, en libros que dicen tener censura eclesiástica, a bautizar los conceptos de la filosofía materialista y atea, con nombres cristianos, y, así, a la evolución incesante de la naturaleza, se le llama nada menos que vida eterna; al soñado futuro paraíso en la tierra, se le llama Cielo y se llama Infierno a las fuerzas que se le oponen.

Y si auscultamos el panorama teológico, veremos lamentablemente que el modernismo ha marcado a muchos pensadores católicos y que se ha infiltrado por venas ocultas a hombres verdaderamente religiosos, laicos, clérigos y sacerdotes. Se ha roto el difícil equilibrio entre gracia y naturaleza, en favor de esta última. Las palabras de la Escritura: "Es mejor

tu gracia que la vida", se han leído al revés, y la herejía de la acción cunde en esta época en que el hombre hierve en la seguridad de sus propios medios.

Y aún dentro del más sano pensamiento católico, crece por momentos la visión de Cristo que se encarna primera y principalmente para ser corona, cima y remate de la creación material, no primera y primordialmente para la obra de la Redención sobrenatural, de manera que el "Qui propter nos homines et propter nostram salutem descendit de caelis" se convertiría en "Qui *etiam* propter nos homines et propter nostram salutem descendit de caelis". Se valora cada día más la teología de los valores humanos y cierta asunción matizada —no podía ser de otra manera en una Sociedad Jerárquica por voluntad de su Fundador, Cristo— del espíritu democrático en la promoción del laicado, el presbiterio sacerdotal y la Colegialidad Episcopal.

En resumen, entre errores y progresos en este bosque agobiado de nuestro vivir actual, destaca por todas partes el mismo brochazo de color: ¡el hombre que se abraza a la tierra y se pega a ella con la violencia de lo biológico!

V

¿Cómo obran nuestros ángeles para conseguir el retorno a Dios? Y en primer término, nuestro ángel de la libertad.

I) El Existencialismo —ateo, agnóstico o cristiano— se encargó de la tarea de despertarnos a la libertad. Por lo menos en el plano de la moda intelectual e incluso en los gérmenes de nuestra vida de hombres del siglo xx. Naturalmente que no emprendió esta tarea en solitario ni partiendo de la nada; pero su guión es el más visible en nuestra civilización occidental.

Pero con la libertad, el hombre ha caído en un dilema absoluto: o Dios, o angustia y absurdo, porque la libertad tiene esta pendiente preciosa: convence al hombre de la limitación del mundo. La angustia de la elección señala fatalmente una sed de totalidad, de detención en un objeto que los incluya todos: y el hombre es una paradoja que no se satisface con los objetos que le son naturales y va siempre tras el anhelo del progreso o siente la nostalgia del vacío y el absurdo. Está condenado a ir más allá del mundo y de sí mismo.

Su sangre de tiempo, sus huesos desconyuntados en la dialéctica del logro y de la ambición, le arrojan a la intemperie del más allá, y el hombre, ¡con dominar los espacios etéreos va naciendo con una en-

fermedad incurable en su autonomía! ¡No le basta el mundo, ni se basta a sí mismo!

¿Qué razón pueden explicarle en la experiencia límite de esta situación personal metafísica, su perenne inquietud de conquista, su distensión perpetua hacia el futuro? ¡Ah! ¡La rebelión ante la muerte le manifiesta la condición de su libertad arraigada más allá del tiempo y de toda limitación!

Y sólo la posibilidad de hundirse en una libertad absoluta podría satisfacer las antinomias que se manifiestan en su espíritu. Pues bien: esa libertad se encuentra dentro y fuera del hombre al mismo tiempo, y es la libertad absoluta de Dios, que ha dejado su huella en el hombre y a través de cada uno de sus actos libres. Es decir, que a través de cada acto libre se le va abriendo la puerta que le muestra a Dios, le anuncia a Dios, para que se sumerja en Él, para que se arranque de la pura tierra.

II) Y el ángel de la verdad:

La inteligencia humana está también abierta a un horizonte absoluto de ser y de verdad, a un horizonte sin condición de límites: pensar que existe un hombre es pensar en la totalidad de la existencia y cada uno de los juicios humanos, supone un juicio irrestringido acerca de la totalidad del ser y de la verdad.

En efecto, ¿qué sentido tendría señalar un objeto en el contexto de la experiencia, esto es, un pájaro, un árbol, una flor, si no se presupone un juicio anterior, general, afirmando la posibilidad del ser y el mismo ser? Y, ¿qué veracidad puede tener un juicio humano si no es veraz la afirmación sobre el ser?

La sed de una totalidad volitiva no es sino una consecuencia de la sed intelectual, igualmente totalitaria, porque cuando el hombre ha ahondado en la realidad de su inteligencia se encuentra navegando en el mar insondable del Ser que le fustiga con su misterio. Y se repite la paradoja: nacido el hombre en un entramado de experiencia y de proximidad, se ve rebasado por la propia inteligencia a la presencia confusa del Ser total: ¡Dios!

III) Y el ángel del amor:

Literatura, Filosofía, Religión, señalan a una, vigorosamente, la presencia del hombre en nuestra civilización, mientras que Psicología, Sociología y Economía, se esfuerzan en penetrar sus leyes para poner al mundo en su servicio. El hombre ocupa hoy el puesto privilegiado en nuestra civilización. En todas partes existe una sed de respeto a libertades y derechos. Posiblemente es éste el aspecto más rico del momento actual.

Pero cuando el hombre se enfrenta en el mundo de las personas que le rodean, se da de bruces con el

misterio. El "otro" es un mundo cuya intimidad ni él mismo conoce a fondo, una incógnita que todas las situaciones de la vida no logran despejar. Solamente la realidad suprema del amor, puede penetrar.

El hombre frente al hombre, frente a la mujer, plantea la suprema situación metafísica. No cabe ante el hombre la misma actitud que ante la cosa o la de dominio que ante el animal; ni siquiera la del científico que quisiera prever y clasificar sus reacciones. El hombre se resiste a todo tratamiento porque es libre.

Los poetas, los enamorados, los santos, en cambio, comprenden y conocen inexplicablemente reacciones que el científico no puede llegar a prever. Y ello por una razón nada científica, pero real: ¡porque aman al hombre!

Y así, el hombre que enfrentado a sus semejantes siente la llamada de la oculta persona que le habla, que se siente atraído a una comunidad de destino con el otro ser, ciertamente que está recibiendo la anunciación más poderosa de Dios, aun cuando sea marxista, agnóstico, o se crea cristiano perdido. Y es que la huella profunda, la raíz última de Dios en el hombre, está en la personalidad humana. Claramente da la Escritura Santa, la fórmula de síntesis de lo divino y lo humano": El que ama, ha nacido de Dios y conoce a Dios".

Ésta es la puerta grande que abriera Pío XII con sus estudios sobre la personalidad humana, que proclamara Juan XXIII en su "Pacem in terris" y que ha consagrado el Concilio. Y no podía ser de otra manera porque el hombre, sea blanco, amarillo o negro; ateo, pagano o cristiano, tiene que poder oír la voz de Dios, conocer el camino de la verdad y entrar en él, ya que Dios quiere que todos los hombres sean salvos y lleguen al conocimiento de la verdad: La Iglesia Católica.

VI

El amor, en fin, no es una realidad contante y sonante, y, sin embargo, por el amor, el hombre presta a su ser la máxima riqueza ontológica y la suma eficiente práctica. ¿Acaso el esposo amante o el padre no procuran aumentar su productividad para elevar el nivel de bienestar a sus seres queridos? Y, ¿no enseña la Filosofía clásica que todos los logros del hombre para conquistar el mundo y ponerlo al servicio de su bienestar y necesidades, no es sino una modalidad del amor al hombre?

Pero, por encima de todo, el amor es una realidad moral y redentora y por él el hombre entra en el

cauce sin fin del progreso, del respecto, de la entrega Y en el orden divino, en el aprecio a la vida sobrenatural, a la capacidad para las virtudes y el sacrificio, a entender que el Reino de los cielos es la Perla fina por la que hay que despojarse de todo, en fin, ¡es incluso capaz del supremo acto del martirio!

Pero oigamos como lo dice el Concilio: "Jesús, el Hijo de Dios, manifestó su amor ofreciendo su vida por nosotros; por ello, nadie tiene mayor amor que el que ofrece su vida por Jesús y por los hermanos". Pues bien: ya desde los primeros tiempos, algunos se vieron llamados, y otros siempre lo serán, a dar este máximo testimonio de amor delante de todos y, principalmente, delante de los perseguidores. El martirio, por consiguiente, con que el discípulo llega a hacerse semejante al Maestro, es considerado como el Supremo Don y la mayor prueba de amor".

VII

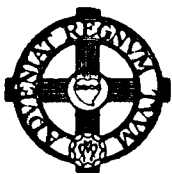
Sean estas palabras, el elogio de hoy a nuestras Santas Juliana y Semproniana. No serán las de un

simple sacerdote enamorado de ellas desde su infancia, ni siquiera las de esta hermosa Ciudad de Mataró agradecida a su Patronazgo, sino que son las de la Iglesia Universal, asistida por el Espíritu Santo y reunida en Concilio.

Para ellas, y para todos cuantos sobre la redondez de la Tierra hayan ofrecido a Dios este Supremo don y máxima prueba de amor; y, ya que estamos en nuestra fiesta, de un modo especial para todos aquellos, conocidos o no, que en la antigua Iluro, Cívitas, Fracta, Mataró, lo hayan dado desde aquel 27 de julio del año 304 hasta el infausto 1.º de septiembre de 1936 en que con lamentable ingratitud, con evidente injusticia y con pública cobardía de los que ejercían la Autoridad, era abatido por balas sacrílegas nuestro último mártir, nuestro Padre, Pastor y Maestro, el sacerdote del Altísimo, el Párroco de Santa María, el Arcipreste de Mataró, M. Rdo. Dr. José Samsó y Elías, pbro.

Ellos sean ahora nuestros valedores en la tierra y un día podamos abrazarles en el Cielo.

Así sea.



Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

A G O S T O

GENERAL: «Por la buena preparación y la eficaz celebración de los sinodos pastorales.»

MISIONAL: «Que los catecumenados en la iglesia africana se formen perfectamente conforme al Vaticano II.»

214 SACERDOTES PRESIDIDOS POR EL CARDENAL ARRIBA Y CASTRO JUNTO A LA TUMBA DE SAN ANTONIO MARIA CLARET

El lunes día 14 de junio a las 12 del mediodía se reunieron en el templo sepulcro de san Antonio María Claret 214 sacerdotes para conmemorar el centenario de la muerte de san Antonio María Claret. La concelebración fue presidida por el cardenal Arriba y Castro, con otros muchos sacerdotes. Pronunció una homilía el Rvdo. D. Lorenzo Garriga, glosando magníficamente la figura del gran santo catalán. Terminada la Misa, el Rvdo. José Bachs leyó la carta laudatoria del cardenal prefecto de la Sagrada Congregación del Clero sobre la Asociación de san Antonio María Claret y dio a conocer una declaración sobre el tema "Ante la situación actual de la Iglesia en España". El cardenal Arriba y Castro, con gran celo exhortó a la Asociación de san Antonio María Claret a proseguir su misión tan propia de los tiempos y tan conforme con el espíritu del Concilio Vaticano II. Entre los sacerdotes reunidos había representantes de todas las diócesis catalanas, de diferentes órdenes religiosas y delegados de diferentes lugares de los 1.255 socios de esta Asociación.

A continuación transcribimos el texto de esta declaración, de la que se facilitarán ejemplares a cuantos lo pidan en la secretaría de la Asociación, calle Princesa, 21. Barcelona-3.

ANTE LA SITUACION ACTUAL DE LA IGLESIA EN ESPAÑA

En el año centenario de la muerte de san Antonio María Claret — modelo de sacerdotes y obispos según el Corazón de Cristo — no podía faltar nuestra peregrinación sacerdotal a su sepulcro, cobijado en el nuevo y espléndido Santuario de Vich.

Queremos seguir sus huellas luminosas en esta hora difícil de la historia de la Iglesia y del mundo, y santificarnos como él, en las duras circunstancias de nuestro tiempo.

Hemos de reiterar nuestra absoluta repulsa a ser encasillados en cualquiera de las divisiones en que algunos pretenden escindir la Iglesia. Somos sacerdotes, a secas, sacerdotes de Jesucristo sin adjetivos ni dependencias ni adhesiones que no sean nuestra sagrada vinculación a la Iglesia por el bautismo y el orden sacerdotal. Para nosotros son totalmente artificiales las ya desacreditadas clasificaciones de integrista y progresista, aperturista y conservadurista. A otros puede que les interese propalar estas ficciones; a nosotros, en absoluto, no. Jesucristo no es el jefe de un partido político ni de sectas enfrentadas. Es el Unigénito del Padre, el único Señor, Redentor y Maestro. Su Iglesia es, también, una y única.

Mucho se habla hoy de pluralismo en el Pueblo de Dios. Siempre lo ha habido. Cabe una legítima diversidad de escuelas filosóficas, teológicas, y de espiritualidad. Pero si "nuestro nombre es cristiano y nuestro apellido es católico" — según la exacta sentencia de san Paciano de Barcelona — sería de todo punto inadmisibile que los Pastores aceptasen y tolerasen como católicos, con los apellidos que se inventen, a quienes niegan abiertamente verdades tan fundamentales de nuestra fe como la Trinidad, la divinidad de Cristo, la Eucaristía, el Decálogo, la institución divina de la Iglesia, la divina maternidad y virgindad perpetua de María, los Sacramentos, etc.

Nuestra "Asociación de Sacerdotes y Religiosos de San Antonio María Claret", nacida de la letra y del espíritu del Concilio Vaticano II, fiel a la "Declaración de Principios y criterios sacerdotales" proclamada aquí hace dos años, siente la necesidad — en conexión con la autoridad de la Jerarquía, antes con el deseo de apoyarla — de levantar la voz en esta ocasión ante los problemas de la Iglesia en España en el momento presente.

I. SEMINARIOS, VOCACIONES Y SACERDOTES

Es público y notorio que se cierran los seminarios, que disminuyen las vocaciones, que apenas hay ordenaciones, que dentro de los propios seminarios ocurren hechos desagradables, que se amontonan las deserciones sacerdotales y religiosas. No es un secreto que se discute la esencia e identidad del sacerdocio. Ante tal panorama queremos expresar nuestro pensamiento.

Ciertos métodos y experiencias de este último decenio son causa segura de tamaña decadencia. La recta formación en los seminarios y noviciados exige, ante todo, una piedad verdadera y una seria disciplina. Se han secado las fuentes de espiritualidad y se ha quebrado la ascética cristiana que forjaba el temple de los grandes caracteres. A la vista están los resultados. Con ceguera pertinaz se prefiere recurrir a motivos sociológicos discutibles antes que reconocer el error y desandar el mal camino. Que nuestro diagnóstico es certero lo demuestran algunos casos concretos de seminarios diocesanos y noviciados religiosos y misioneros que, oasis en el yermo, son ejemplo para todos.

La formación intelectual de los futuros sacerdotes no puede sino fundamentarse en la filosofía perenne, en la teología inspirada en el pensamiento de santo Tomás, en el seguro magisterio de los Concilios y de los Papas. El estudio del marxismo e ideologías materialistas — tan justamente marginadas por Pablo VI en su reciente “Octogésima adveniens” — a la luz de la doctrina pontificia, rectamente interpretada, ha de preservar a nuestra juventud de los engaños, errores y redes organizativas del ateísmo y de la subversión anticristiana y antisocial. Pedimos, pues, seminarios encauzados según el genuino sentido eclesialístico, reafirmado por el Vaticano II. De otra suerte, se malograrán más y más vocaciones, que, en conciencia, tenemos el deber de suscitar y salvar por los medios que el mismo derecho natural nos aconseje y el Espíritu Santo nos inspire.

II. FE Y VIDA CRISTIANA

El Papa, el 5 de enero, y el Episcopado español el 25 de marzo han dado su voz de alerta ante los peligros crecientes que amenazan la pureza e integridad de la Fe. Por lo que toca a nuestra patria hemos de constatar que junto a una catarata de reuniones, asambleas y planificaciones de pastoral, estamos asistiendo a una devaluación de aquellos medios que solían ser eficaces para la salvaguarda de la Fe de nuestro pueblo y fomento de la moral y de la piedad. Misiones populares, Ejercicios Espirituales, Cursillos de Cristiandad, pre-

dicaciones extraordinarias, van desapareciendo al socaire del menosprecio de unos y la apatía de otros.

Mientras, hay que lamentar el escándalo de homilias, en el templo y escritos en periódicos católicos y hasta “Hojas” diocesanas que perturban la fe de los católicos y siembran el error y la duda. La “mayoría silenciosa” del pueblo fiel sufre un acoso incesante, y suspira por voces de orientación — que apenas llegan a sus oídos — de los pastores de la grey, y por el ejercicio — que no perciben — de la autoridad de que han sido revestidos con personal responsabilidad ante Dios.

La enseñanza religiosa merecería capítulo aparte. En modo alguno hay que renunciar a ella. Niños y adolescentes están expuestos a una ignorancia supina en materia de Fe y Moral, gracias a teorías plenamente gratuitas y a conductas del todo antipastorales. Y a nuestro Episcopado le rogamos que, sin minusvalorar el esfuerzo de los “Catecismos Escolares”, no permita que desaparezca el llamado “Catecismo Nacional”, en sus tres grados. Por un catecismo nacional luchó en el siglo pasado san Antonio María Claret. No vamos a perder un fruto notable recién conseguido y que es instrumento aptísimo e insustituible para la catequesis familiar y parroquial.

III. UNIDAD CATÓLICA DE ESPAÑA

No se puede confundir la unidad católica de una nación con ningún régimen político concreto. La Unidad Católica es la plenitud de la evangelización de un país, con sus innegables ventajas sobrenaturales y aun sociales. Y hasta debe ser la meta de un verdadero ecumenismo, que no se confunda con el sincretismo religioso o una especie de ONU de religiones. Claro que no significa la militancia ni la santidad de los ciudadanos católicos. Significa, sí, que la mayoría social de una nación y los actos primordiales de su vida están signados por el carácter católico. Y que, sin menoscabo de la verdadera libertad religiosa, los ciudadanos gozan con facilidad de todos los medios de salvación que sólo la Iglesia Católica puede ofrecer a los hombres.

En todos los tiempos la Iglesia reconoció el fuero sagrado de la conciencia y toleró la convivencia con otras confesiones religiosas. España es un ejemplo histórico, con sus deficiencias humanas comprensibles. No desconocemos la Declaración del Vaticano II sobre la libertad civil en materia religiosa. Pero con Juan XXIII y Pablo VI hemos de proclamar que la Unidad Católica es para España su mayor gloria y el bien supremo que urge conservar y defender. La Unidad de Fe será siempre un ideal hacia el que hay que tender y el Estado

confesionalmente católico jamás dejará de ser un postulado del magisterio eclesiástico.

Ante el anuncio de un nuevo Concordato entre la Santa Sede y el Estado español, creemos necesario afirmar en nombre de millares de sacerdotes y de millones de españoles, que, así como repudiamos cualquier clase de enfeudamiento de la Iglesia, reprobamos como un gravísimo daño espiritual para la Iglesia, las almas y la misma patria la separación de la Iglesia y del Estado — quienquiera que sea su propugnador — en clara oposición a la doctrina católica de siempre, confirmada por el Vaticano II (cfr. Gaud. et Spes, n. 76).

Nuestras parroquias y pueblos se ven invadidos por una serie de sectas, procedentes casi todas de Norteamérica, a cual más pintoresca y absurda, pero que hacen y harán un daño incalculable en personas de poca formación religiosa. Amparadas en un reconocimiento otorgado, quizá con exagerada benevolencia, se entregan a un proselitismo ilegal, abusivo y harto inoportuno y molesto. Sin que el número de adeptos lo justifique en modo alguno, van multiplicando sus capillas y salones de reunión. Falsificadores de la Biblia y fanáticos de la letra, llegan a aberraciones antihumanitarias y amenazan gravemente la unidad del país y son radicalmente anticatólicas. No es éste, ni muchísimo menos, el espíritu de la auténtica libertad civil en materia religiosa.

Si a todo esto unimos el bochorno de la literatura marxista y sexual que nos abrumba y la caída vertical de los valores morales en el orden público y privado, cabe reconocer que nuestra Unidad Católica corre grave peligro y que se halla amenazada toda la vida espiritual de la nación. A tan triste coyuntura han llevado innúmeros pecados de acción y también de omisión, que alcanzan a las más altas potestades religiosas y políticas.

Que nuestra voz de alarma llegue hasta la Santa Sede y los Poderes públicos del país. Si más no podemos, nosotros, sacerdotes, defenderemos la Unidad Católica con nuestra plegaria ante Dios, con nuestras predicaciones y con la formación de conciencias cristianas que sepan amarla y se arriesguen a defenderla por todos los medios lícitos.

IV. ASAMBLEA CONJUNTA

No queremos omitir este tema de actualidad. La Asamblea conjunta de obispos y sacerdotes, proyectada para septiembre, ya indicamos en otra ocasión que, en principio, no nos satisfacía. Porque nos parece ver en ella un vicio de origen que radica en la famosa Encuesta tan deslabazada y ofensiva, sujeta a respuestas prefabricadas en un abanico no siempre suficiente y satisfac-

torio, y que tuvo que ser cumplimentada en unas breves y agotadoras horas y en ambiente multitudinario muchas veces. No ha sido verificada en todas las diócesis, es elevado el porcentaje de sacerdotes que no respondieron — por ejemplo, en Barcelona se ha reconocido el 38 por ciento de abstenciones — y aun muchos de los que contestaron lo hicieron a disgusto y por mera reverencia a la Jerarquía. Nos consta, además, que muchos Prelados jamás habrían sometido a su clero semejante encuesta y sólo consintieron bajo la presión de ciertos sectores del Episcopado y del clero. He aquí una muestra de los riesgos de una mal entendida y peor aplicada corresponsabilidad episcopal.

Aparte de que los documentos-base para la Asamblea han sido ya objeto de tremendas polémicas, nos confunde el enorme dispendio económico dilapidado ya en la Encuesta y el que supondrá la Asamblea. No vemos por ninguna parte la tan cacareada "Iglesia de los pobres", ni asoman los necesarios remedios de la actual situación, si hay que esperarlos de verborrea parlamentaria y de votaciones democráticas. No van por aquí los caminos de una sana regeneración espiritual y apostólica del clero, sino por los que siguieron nuestros grandes sacerdotes santos y los innumerables que con su sangre rubricaron su fidelidad sacerdotal a Cristo, a la Iglesia, a todas las almas.

* * *

Reservamos para el último lugar de este escrito, lo que en la mente de nuestra Asociación ocupa el primero: nuestra constante consagración al Corazón Inmaculado de María, Madre de Dios y de la Iglesia. De Ella esperamos las soluciones que los hombres no podemos alcanzar. Fieles a la verdad montfortiana: "quien no tiene a María por Madre no tiene a Dios por Padre", permaneceremos en la brecha con Cristo y la Virgen.

En esta hora grave de la Iglesia, en que parece que nuevamente el mundo se despierta "arriano", no hay sitio para el miedo ni para el cansancio de los buenos. Borraremos del diccionario la palabra "imposible". Lo decimos sin fanfarronería: nos juramentamos a luchar por ser fieles a la Iglesia como lo hizo san Antonio María Claret en su época, y con el mismo sueldo que el suyo: calumnias, agresiones y arrinconamiento.

Hemos querido ofrecer a nuestro Episcopado y a nuestros fieles, una vez más, nuestro sincero pensar. En medio de la noche oscura, ya se vislumbran destellos de luz. El pueblo creyente defiende su Fe con valentía ya en todas partes. Y sobre nuestras cabezas brilla la Estrella que nos guía, María Inmaculada, la "destructora de todas las herejías". La victoria de la Santa Fe Católica es segura.

En Vich, 14 de junio de 1971

¡SI SUPIERAS QUE SIGNIFICA UNA MISA!

Parece innecesaria la pregunta: ¿Qué es la Misa? Creo, sin embargo, que es muy oportuna; se advierten entre los mismos católicos, ideas confusas sobre un tema que, por su importancia en la vida de la Iglesia, y en la devoción personal de los fieles, reclama de nosotros, un conocimiento, todo lo claro y completo que sea posible, sin que abriguemos la pretensión de descorrer el velo, con que, el Señor, ha querido envolver el soberano Misterio de nuestros altares. No se trata de hacer un estudio histórico de la evolución de los ritos externos en la celebración de la Misa, desde aquella primera en que, Cristo el Señor, consagró su Cuerpo y Sangre, y lo dio como manjar del alma a sus Apóstoles, hasta hoy, en que celebramos el Santo Sacrificio, conforme al Misal Romano, promulgado por el Papa Pablo VI, el 26 de marzo de 1970; menos aún, pretendo hacer un estudio etimológico de la palabra Misa. Mi intención es más modesta, una sencilla exposición, a modo de catequesis, de lo que, para un católico, significa la Santa Misa; su misteriosa influencia en el incremento de la vida sobrenatural de la Iglesia, de los fieles todos, e incluso de los beneficios espirituales que una sola Misa, reporta al bien de la humanidad.

¿Qué es la Misa?

La mejor y más autorizada respuesta, la encontramos en la "Ordenación general del Misal Romano", que, en su número 7 dice: "El pueblo de Dios, bajo la presidencia del Sacerdote, que representa a la persona de Cristo, es convocado y reunido en la Misa o Cena del Señor, para celebrar el memorial del Señor, o Sacrificio eucarístico. En consecuencia, vale de un modo eminente para esta reunión local de la Iglesia santa la promesa de Cristo: "Cuando dos o tres, están reunidos en mi nombre, allí estoy yo, en medio de ellos" (Mt. 18-20). En la celebración de la Misa, en efecto, en la que se perpetúa el Sacrificio de la Cruz, Cristo, está realmente presente, en la misma asamblea reunida en su nombre, en la persona del Ministro, en su palabra, y de este modo sustancial y continuo, bajo las especies eucarísticas". El Proemio con que comienza la citada "Ordenación general del Misal Romano", expone ampliamente documentado, la doctrina que, sobre la Sagrada Eucaristía, sostiene la Iglesia Católica, cuya tradición ininterrumpida se remonta a los tiempos apostólicos, clara demostración de la fidelidad de la Iglesia al mandato del Señor y

Maestro: "Haced esto, es conmemoración mía" (Lc. 22-19).

No olvidemos que, ante todo, la Eucaristía, es un Misterio de fe, que ha tenido como marco una Cena, en la que, Cristo, de un modo misterioso, inefable, adelanta el Sacrificio de su Cuerpo y Sangre, que, muy poco tiempo después, será inmolado de un modo cruento, sobre el Calvario. Es la "Cena del Señor", aquella por Él tan deseada, como leemos claramente en San Lucas, 22-15, pues en ella tendría cumplimiento la promesa, de su discurso en la sinagoga de Cafarnaum (Jn. 6:134-60).

No es sólo en recuerdo devoto de un banquete

Por ello, al celebrar el memorial de aquella Sagrada Cena, la Iglesia, no se limita al recuerdo devoto de un banquete, de una comida íntima, que nos habla muy alto del amor con que Jesús nos amó, y que se convierte en el más fuerte lazo de unión y amor, entre cuantos participan de una misma Mesa, pues ha sido en la Última Cena, cuando el Señor promulgó solemnemente el "Mandatum novum" del amor fraterno. Con la asistencia del divino Espíritu, que le ha sido prometida y no le puede faltar, la Iglesia de Cristo, ha catpado perfectamente, cuanto se encierra en los misteriosos acontecimientos de esta Cena, y con la autoridad recibida del mismo Dios, nos enseña que; Cristo, en su Última Cena, ofreció a Dios, un auténtico y verdadero Sacrificio, y que la participación en ese Banquete sagrado, nos permite comer y beber, la Carne y la Sangre, de la Víctima ofrecida, que no es otra, sino el mismo Señor, que, en virtud de sus palabras divinas, cambia la sustancia del pan y del vino, en su Cuerpo y Sangre; Misterio admirable, obra del poder y sobre todo, el amor de Dios; Sacrificio incruento, pero real; presencia de Cristo, Dios y Hombre, que, de modo sacramental, permanece en las Especies consagradas, no sólo para ser nuestro alimento, sino también nuestro consuelo, nuestro apoyo, nuestro mejor Amigo y confidente. No podemos separar, en la Eucaristía, el Sacrificio, de la presencia real de Jesucristo en las Especies sacramentales, después de celebrado el Santo Sacrificio, que no sólo recuerda la Cena del Señor, sino que es su memorial más acabado, que actualiza de modo real, la Pasión gloriosa de Jesucristo nuestro Señor, y a la vez Banquete sacrificial; el mismo Señor

había dicho: “el Pan que yo daré, es mi carne por la vida del mundo” (Jn. 6-52).

En la Liturgia de la Misa, encontramos muchísimas referencias a la inmolación sangrienta de Jesús, que, de modo misterioso, se renueva en el Sacrificio eucarístico. En las cuatro Plegarias eucarísticas o anáforas, en el ofrecimiento de la divina Víctima, al Padre, podemos leer: “Por eso, Señor, nosotros, tus siervos y todo tu pueblo santo, al celebrar este memorial de la Pasión gloriosa de Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor...” (Anáfora 1.^a, y con ligeras variantes de expresión, encontramos la misma idea, en las otras tres). El recuerdo de la Cena es inseparable del recuerdo de la Pasión, por expresa voluntad de Cristo; se unen en un único Misterio. Al afirmar la Iglesia, que, en la Santa Misa, se ofrece a Dios, un propio y verdadero sacrificio, por el cual, se nos aplican los merecimientos y virtud, del Sacrificio de la Cruz, como enseña el Concilio tridentino, ya que son un mismo Sacrificio, el de Cristo, ofrecido una vez para siempre, como leemos en San Pablo, no quiere decir que sea simplemente sacrificio de alabanza y acción de gracias, sino que es también, sacrificio propiciatorio e impetratorio. Es una auténtica renovación del mismo Sacrificio del Calvario, como ya hemos dicho, que lo reproduce en toda su tremenda realidad, de manera mística, sacramental, inefable.

La presencia real de Cristo

La presencia sustancial, que, por excelencia, no por exclusión, llamamos real, de Cristo, Dios y Hombre, en virtud de las palabras de la consagración, con las que se opera una verdadera transustanciación, según nos dice la fe, no se limita sólo, al tiempo de celebrar la Misa. La presencia real de Cristo, después del Santo Sacrificio, permanece; es una verdad de fe, y por eso la Iglesia, venera y adora, con gratitud y fervoroso afecto, a Dios, que, por un misterioso imperativo de su amor, se ha querido quedar con nosotros, escondido en las apariencias del pan y del vino, que ocultan a Jesucristo, Dios y Hombre verdadero. Misterio insondable, el de la Eucaristía; Sacrificio y Sacramento que, en íntima conexión, son la expresión constante del amor de Dios a los hombres; sin la Misa, no habría presencia real eucarística. Cristo, en el Sagrario, con el elocuente silencio de su misteriosa presencia, nos recuerda constantemente su inmolación por nosotros, su Muerte en la Cruz, la más viva expresión de su amor. Un mínimo de amor reconocido, nos obliga a tributar al Señor, en el Sacramento los debidos homenajes de reparación y adoración. No se puede, sin traicionar la integridad

de nuestra santa fe, de tal forma destacar el aspecto de banquete y comida, que sin duda tiene la Eucaristía, que, como hemos dicho se instituyó en una Cena, que su carácter de Sacrificio y Sacramento de la presencia real, queden relegados a segundo término, como algo menos oportuno; sería trastornar el orden de valores en algo tan importante, y que al fijarnos de manera casi exclusiva en el signo, olvidemos o releguemos al silencio, la realidad significada; es deformar el Misterio.

Lo esencial a todos los Sacramentos

Es esencial a todos los Sacramentos, el ser signos visibles de realidades invisibles. La Eucaristía, es signo, como Sacramento de la Nueva Ley, de la gracia invisible, sobrenatural, y que, además, contiene al Autor mismo de la Gracia, Jesucristo nuestro Dios y Señor; es, además, signo de unidad, vínculo de caridad, porque expresa claramente el amor, con que Cristo se entrega por los hombres; es como el sello, con que refrenda su generosa donación por nosotros; es la Sangre de la alianza de Dios, con su pueblo escogido, alianza que se funda en el amor con que “Dios me amó, y se entregó por mí”, como nos enseña el Apóstol San Pablo. La Eucaristía significa ciertamente ese amor, y además lo contiene, por lo cual difícilmente podamos encontrar un más poderoso vínculo de unión y amor de los hombres entre sí. Recordemos las palabras del Señor que dijo: “Éste es el mandamiento mío: que os améis unos a otros, así como yo os amé” (Jn. 15-12).

No hay parangón entre el Sagrado convite y nuestras comidas

Por el relato de la institución de la Eucaristía, claramente conocemos, lo que Cristo ha hecho; la Iglesia católica lo ha entendido en toda su amplitud, y no ha dejado de cumplir el mandato del Maestro. Es ciertamente en el ambiente íntimo de una cena, donde se realiza el milagro; todos los comensales participan del mismo Alimento, que es la Víctima del Sacrificio; tiene por tanto, la Última Cena del Señor, un carácter especial, único, y de ninguna manera podemos poner en parangón este Sagrado convite, con nuestras comidas o banquetes; es una comparación inadecuada, carente de fundamento, y que desgraciadamente lleva abusos lamentables, así en el orden doctrinal como disciplinar. Si la prueba más exquisita del amor de Cristo, ha sido su Sacrificio; si el manjar eucarístico, nos da, al mismo Cristo, hecho Víctima por nosotros, y si Él, permanece realmente presente, en estado de Víctima gloriosa, en el Augusto

Sacramento del Altar, se sigue que, la participación en el mismo Pan y la comunión del mismo Cáliz, sea también el más fuerte lazo de amor y unión entre cuantos profesan la misma fe, y aun, con aquellos que, sin pertenecer a la Iglesia católica, de alguna manera, integran el Cuerpo Místico de Cristo. Todos somos llamados a participar en este divino Banquete; en él podemos saciar nuestra hambre de Dios, y colmar nuestros deseos de identificación con Cristo; recordemos aquella bellísima antifona, del Oficio litúrgico de la solemnidad del Corpus Christi: "Oh sagrado convite, en el que se come a Cristo, se renueva la memoria de su Pasión, el alma se llena de Gracia, y se nos da una prenda de la futura gloria". La celebración de la Sagrada Eucaristía, según el sentir de la Iglesia Católica, expresión auténtica del dato revelado, supone: la renovación del Sacrificio de Cristo en el Calvario, de modo incruento, místico, pero real y verdadero; la presencia sacramental del Señor, Dios y Hombre, es las Especies consagradas; un banquete en el que se nos da como alimento, el Cuerpo y la Sangre de Cristo, Víctima del Sacrificio y a la vez Sumo y Eterno Sacerdote, que ofrece el Sacrificio, para gloria de Dios, y como homenaje, el único digno de la Majestad divina, de perfecta adoración y acción de gracias, a la vez que, se ofrece en beneficio de todos los hombres.

Los Sacerdotes de la Nueva Ley

Es voluntad de Cristo, que su Sacrificio redentor, se ofrezca, en la Iglesia, siempre y en todo lugar; no por eso los sacrificios son múltiples; es uno sólo, aunque se renueve en muchos altares, pues una sola es la Víctima ofrecida, y uno es el Sacerdote que ofrece, Cristo, el Señor. Por esto, en la misma Cena, en que instituye la Eucaristía, encomienda a sus Apóstoles, a quienes otorga unos poderes inefables, que realicen lo que Él ha hecho; los consagra Sacerdotes de la Nueva Ley, y ellos, por la imposición de las manos, transmitirán sus poderes sacerdotales, a otros, a fin de que, la Santa Misa, con que la Iglesia, se renueva, se enriquece, se santifica, se celebre sin cesar; es la Fuente, "do mana el agua pura", en expresión del místico doctor, San Juan de la Cruz; Fuente de vida divina, de donde reciben el poder santificador, todos los demás sacramentos de la Iglesia.

La Misa es siempre la acción de Cristo

Fácilmente se comprende, la gran veneración, y el mucho cuidado que la Iglesia pone en la celebración de la Santa Misa, así cuando se celebra ante gran muchedumbre de fieles, como cuando el sacerdote

celebra el Santo Sacrificio, en privado, sin asistencia de fieles. El valor intrínseco de la Misa, no se malogra, ya que, siempre es acción de Cristo y de la Iglesia. El Concilio Vaticano II, en el Decreto sobre "La vida y el ministerio de los presbíteros", les recomienda vivamente (a los sacerdotes), que celebren el Santo Sacrificio, "aunque no pueda haber presencia de fieles", y la misma recomendación hace el Papa Pablo VI, en la Encíclica "Mysterium fidei". Dicen los filósofos, "Actiones sunt suppositorum", en este caso, el supuesto racional, Cristo, Persona divina, es el sujeto agente, de sus acciones humanas, y por ello, su valor es infinito. Siendo la Misa, acción de Cristo, su valor es infinito, y los bienes que de ella se derivan, no podemos nosotros calcularlos; sabemos, sí, que la gloria que se tributa a Dios, es infinita, pues Cristo, es, como queda dicho, el Sacerdote principal, y la Víctima del Sacrificio, aun cuando, el sacerdote secundario, o ministerial, que es el presbítero celebrante, no sea capaz de acciones infinitas; por ello el valor de una Misa excede a cuantas acciones santas y meritorias han hecho, hacen y harán, todos los Santos juntos, sin excluir a la Santísima Virgen María, Madre de Dios y de la Iglesia, y esto no es ponderación piadosa, sino verdad, con riguroso fundamento teológico. Ciertamente que la Misa, es también, acción de la Iglesia, y por lo mismo es acto social y público, que reclama asistencia del pueblo de Dios, pero aun sin pueblo, nada pierde de su valor intrínseco, y la misma Iglesia, con la celebración del Santo Sacrificio, incrementa de manera misteriosa, su vitalidad sobrenatural; por ello recomienda a sus ministros, la frecuente celebración, aun sin fieles, que puedan asistir.

La Misa y la Comunión

No se puede decir, sin más, que asistir a la Misa, y no comulgar, o que recibir la Sagrada Comunión, fuera de la Misa, no tiene sentido; hay que matizar mucho dichas expresiones, que fácilmente pueden encerrar un error e inducir a él. La asistencia a la Misa, con buena disposición espiritual, siempre es provechosa, y puede haber una muy intensa participación en la misma, sin recibir sacramentalmente al Señor; se alargaría demasiado, si intento exponer los disintos modos de participación de acuerdo con las enseñanzas del Supremo Magisterio de la Iglesia; lo que sí es cierto, es que, la participación interna, personal, profunda y piadosa, es necesaria, si ha de ser la participación consciente, y no cabe duda que, ésta alcanza su grado mayor, más perfecto, si además, participamos sacramentalmente, recibiendo el Cuerpo y la Sangre del Señor; a veces, no podrá

ser, y no por eso deja de ser laudable la asistencia y participación en la Santa Misa. La Sagrada Comunión, aun recibida fuera de la Misa, por motivos razonables, tiene gran valor; siempre es participación en el Sagrado Banquete; Cristo en las Hostias consagradas, sigue presente, y al recibirlo participamos del Sacrificio eucarístico; un mínimo de catequesis en esta materia, tan importante, sería suficiente para aclarar dudas, evitar desviaciones, etc., etc.

Las Misas privadas

Causa extrañeza y es de veras lamentable, la actitud de algunos, respecto a la Misa celebrada en privado, como si los que así celebran el Santo Sacrificio, estuvieran en oposición a las directrices de la Iglesia. El Papa Pablo VI, en la citada Encíclica "Mysterium fidei", es de otro sentir; claramente amonesta a quienes, por resaltar demasiado las Misas comunitarias, tienen en poco la Misa celebrada en privado; la nueva Ordenación del Misal Romano, prevé esta manera de celebración, y el Concilio Vaticano II, lejos de reprobarla, la aconseja, antes de que, por no haber fieles, se abstenga el sacerdote de celebrar; la razón siempre es la misma, porque es acción de Cristo y de la Iglesia. No está de más, citar las palabras de la Constitución apostólica "Auctorem fidei", del Papa Pío VI: "... en cuanto insinúan que falta algo a la esencia del Sacrificio que se realiza sin asistente alguna, o con asistentes que ni sacramental ni espiritualmente participen de la Víctima, y como si hubieran de ser condenadas como ilícitas aquellas misas en que, comulgando sólo el sacerdote, no asista nadie que comulgue sacramental o espiritualmente, es falsa, errónea, sospechosa de herejía y sabe a ella" (Constitución citada, en que se condenan los errores de Pistoya, año 1794).

La Santa Misa ha de ser para todos la gran "devoción"

Por lo mismo que la Santa Misa, es una acción sagrada, de Cristo y también de la Iglesia, todos los fieles tienen parte en el Santo Sacrificio, como nos recuerda la misma liturgia de la Misa, en la exhortación, tan familiar a todos: "Orad hermanos, para

que este Sacrificio mío y vuestro, sea agradable a Dios, Padre todopoderoso" (Ordinario de la Misa). Ciertamente que la parte que tiene el sacerdote celebrante, es muy superior a la de los simples fieles; aquél actúa "in persona Christi", investido de unos poderes, dados por el mismo Dios; es el ministro secundario, ya que, el principal, como hemos dicho anteriormente es Cristo, y sólo el sacerdote que ha recibido la consagración, por la imposición de las manos del Obispo, puede válidamente, celebrar tan divino misterio, cual es el Santo Sacrificio de la Misa. Los fieles bautizados, en virtud del Santo Bautismo, al ser incorporados a Cristo, Sumo y Eterno Sacerdote, participan de su Sacerdocio, si bien el sacerdocio común de los fieles, es de naturaleza distinta del sacerdocio ministerial, que convierte al que lo ha recibido, en auténtico "ministro de Cristo, y dispensador de los misterios de Dios (1.ª Cor. 4-1).

La Santa Misa, debe ser, pues, para todos, nuestra "gran devoción", es, repito, acción de Cristo, pero también en cierto modo mío; se puede decir, sin ofender de verdad, ni caer en extremismos "mi Misa", expresión que puede tener un significado muy profundo, en el sentido, de que la Misa, me pone en comunión no sólo con Dios, en Cristo, sino con toda la Iglesia, triunfante, purgante y militante, y así al participar en la Santa Misa, por la fe, y la caridad, actuadas con una inmolación fervorosa, elevo mi alma al Cielo, y puedo llegar hasta los últimos rincones de la tierra; puedo dar a Dios, "con Él, por Él y en Él, todo honor y toda gloria", a la vez que mi pobre vida, sana o enferma, larga o corta, con éxitos o con fracasos, en cualquier lugar, y en cualquier puesto de trabajo, ejerce saludable influencia en todo el Cuerpo Místico, y tanto mayor, cuanto más intensa es la participación en la Misa, es decir, la unión con Jesucristo, por una vida de fe, operante por la caridad sobrenatural. La Santa Misa, me ofrece, en amplia perspectiva, los magníficos horizontes del mundo de la fe, y me permite adentrar en ese misterioso mundo, donde el alma se serena, se encuentra a sí misma, en Dios, y bajo la acción de su Espíritu, unida a Jesucristo, hace en sí realidad aquella frase del divino Maestro: "Pro eis sanctifico meipsum". Una vida que se hace Misa, nunca puede ser vacía.

FRAY ANTONIO DE LUGO, O. S. H.

EL "POR QUE" DE LA LLAGA DEL COSTADO DE CRISTO NUESTRO SEÑOR

Con palabras muy graves y encarecidas nos amonesta San Pablo que no tengamos el atrevimiento de escudriñar los altos pensamientos, los planes y los designios de Dios, que son inaccesibles a la limitada razón humana; y aun menos queramos penetrar presuntuosamente en el "por qué" de las obras de Dios.

El mismo gran Apóstol, que confiesa de sí que fue "arrebatado (en visión divina) al Paraíso; y oyó palabras inefables, que no es dado al hombre hablar" (2 Cor., 12, 4), exclama: "¡Oh profundidad de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e irrastreables sus caminos! Pues, ¿quién conoció el pensamiento del Señor?, o ¿quién se hizo consejero suyo?" (Rom., 11, 33-34).

Sin embargo de esto, el mismo Dios y Señor nuestro, que por su inefable bondad nos ha revelado sus designios, sus planes y sus misterios, se ha dignado también revelarnos el por qué de ellos; el intento y los fines que ha tenido en sus obras maravillosas. Y, sobre todo, nos ha revelado con insistente reiteración, a través de todos los Libros Sagrados, la causa, el motivo y el por qué de todas sus obras en bien nuestro: el amor con que nos ha amado.

La Sagrada Escritura es, por encima de todo, la espléndida revelación del amor de Dios a los hombres; y en este misterio de amor tenemos la definitiva respuesta a todo el "por qué" de la Historia de nuestra salvación.

Contemplando esta dignación divina los Santos Padres y la Santa Iglesia, y ateniéndose a ella, han tenido siempre el humilde pero animoso empeño, y aun a veces el confiado atrevimiento, de intentar penetrar en el por qué de los planes, designios y misterios de Dios. Los escritos de los Santos Doctores de la Iglesia, y el Magisterio de ella misma, son perenne testimonio de esta confiada búsqueda, hecha siempre a la luz y con la inspiración del Espíritu Santo; pues como asevera San Pablo, "lo que preparó Dios a los que le aman, nos lo reveló Dios a nosotros, por medio del Espíritu; pues el Espíritu todo lo sondea, aun las profundidades de Dios. A la verdad, ¿quién conoce de los hombres lo íntimo del hombre, sino el espíritu del hombre, que está en

él? Así también las cosas de Dios nadie las conoce sino el Espíritu de Dios. Mas nosotros hemos recibido no el espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de Dios, para que conozcamos las cosas que Dios graciosamente nos ha dado" (1 Cor., 2, 9-12).

Un preclaro y luminoso ejemplo de esta admirable acción del Espíritu Santo, ha sido el singular afán y empeño, que los Santos Padres y la Iglesia han tenido de penetrar los altos designios de Dios, cuando han contemplado, absortos de admiración, la llaga del Costado de Cristo, y se han preguntado el "por qué" de esta misteriosa voluntad divina, al haber dispuesto que, aun muerto ya Cristo en la Cruz, fuera traspasado su Costado por la lanza del soldado, y abierto su Corazón con llaga ancha y profunda.

Entremos, pues, también nosotros en estas maravillas; y siguiendo las huellas seguras de los Doctores de la Iglesia, y de la Iglesia misma en su Magisterio doctrinal y en su Sagrada Liturgia, recordemos primeramente el hecho de la llaga del Costado del Señor; y veamos en seguida su múltiple "por qué".

San Juan Evangelista nos relata el hecho, como testigo ocular; nos lo narra con toda precisión y claridad; y muestra singular empeño en hacer constar la verdad histórica del hecho: "Uno de los soldados, con una lanza, le traspasó el Costado; y salió, al punto, sangre y agua. Y el que lo ha visto es el que lo ha testificado; y su testimonio es verídico; y él sabe que dice verdad, para que también vosotros creáis" (In., 19, 34-35). Según la tradición cristiana, constante y antiquísima, y como lo consignan los Santos Padres y la Iglesia en su Liturgia, la lanza, al ser hundida por uno de los soldados en el Costado del Salvador, entró por el lado derecho; y el golpe fue tan violento, que la lanza penetró hasta el Corazón, a donde iba apuntada, y lo traspasó también. La Llaga fue tan grande, que después de la Resurrección de Jesús, pudo el Apóstol Santo Tomás introducir en ella su mano (Cfr., Jn., 20, 27).

Tal es el hecho, eternamente memorable. He aquí ahora el múltiple "por qué" de la benditísima llaga del Costado de Jesús.

1.º *Prueba definitiva e irrecusable de la muerte del Divino Salvador.*

Era de suma importancia y de capital trascendencia, que la realidad de la muerte de Cristo Jesús quedase comprobada con absoluta certidumbre histórica, y como verdad incontrovertible.

Y la razón es clara. La Resurrección de Jesucristo debía ser el coronamiento de sus enseñanzas, de sus milagros, de su vida y de su obra; debía ser también la perfección y consumación de nuestra redención; y el fundamento incommovible de toda la Religión cristiana.

En efecto; el fin primario de la misión de Cristo era demostrar su divinidad, como cimiento de roca viva de nuestra justificación por la fe. Dice San Pablo: "Fué resucitado por nuestra justificación" (Rom., 4, 25). Sí; nuestra justificación debía ser por la fe; y la fe que justifica es la fe en la Resurrección de Cristo; es la fe que induce a la esperanza y la aviva; y es la fe que obra por la caridad; dones divinos por los cuales debíamos ser hechos hijos adoptivos de Dios, partícipes de su vida divina, herederos del cielo.

A este fin se encaminaban inmediatamente las enseñanzas y los milagros de Jesús. Pero a esta demostración de su divinidad le faltaba la prueba decisiva, el argumento principal: su Resurrección. El mismo Señor había señalado a los judíos su propia Resurrección como el mayor de sus milagros, como la prueba irrefragable de su divinidad.

Además, el fin de su misión era librarnos de la esclavitud de Satanás. Era realidad triste pero innegable que la violencia de las pasiones desordenadas, el pecado y la muerte fueron los tres medios por los cuales el "Príncipe de este mundo", "Príncipe de las tinieblas", había cargado su ominoso yugo sobre todo el género humano, despojándolo, con su engañosa astucia, de los dones de Dios: la gracia es derecho a la gloria y la inmortalidad.

Pues bien; del desorden de las pasiones y del pecado había triunfado el Salvador por medio de sus virtudes, de su Pasión, de su Muerte; y por la gracia, que fue su precio. Pero le quedaba un tercer enemigo: la muerte. Y este enemigo es el que venció Cristo con su Resurrección, causando su ruina en el mismo sepulcro, que era, por decirlo así, su fortaleza más segura (Cfr. 1 Cor., 15, 26-55).

Y al resucitar Jesús, venció Él también la muerte para cada uno de nosotros. Desde entonces, nuestra

resurrección futura es tan cierta como la del Salvador (Cfr. *ibid.*).

En tercer lugar, la Resurrección debía ser para el Hombre-Dios el coronamiento y consumación de su vida y de su obra; porque había de ser la glorificación efectiva del Divino Redentor; el advenimiento de su Reino glorioso, que le pertenecía desde toda la eternidad como Hijo de Dios, y que fue también el merecidísimo premio de su sacrificio de amorosa obediencia al Padre, con tan indecibles sufrimientos y con tan dolorosa muerte. Esta vida gloriosa era, propiamente hablando, el fin y el término de la vida terrena del Hombre-Dios; pues su pasión y Muerte no fue más que el tránsito, el paso, la preparación a la gloria. En esta gloria entró con su Resurrección.

Por todos estos motivos es indudable que debía constarnos con absoluta certidumbre del hecho de su Resurrección.

Ahora bien; tan solamente los cuerpos muertos resucitan. No hay propia y verdadera resurrección, donde no ha habido propia y verdadera muerte.

Por lo mismo, también debía constarnos con plena certidumbre histórica de la realidad de la muerte de Jesús.

De ella dan fe los cuatro Evangelistas con expresiones inequívocas; de ella dieron testimonio espontáneo y claro los soldados, que después de haber quebrantado con sus mazas las piernas de los dos ladrones, y al ir a hacer lo mismo con Jesús, no lo hicieron, "porque le vieron ya muerto" (In., 19, 33); y aun el mismo Centurión romano testificó oficialmente la muerte de Jesús, ante Poncio Pilato, cuando éste le llamó y le preguntó si efectivamente había muerto Jesús Nazareno, antes de acceder a la petición de José de Arimatea: "Y habiendo asegurado que sí el Centurión, dio Pilato el Cuerpo a José" (Mc., 15, 45).

Pero aun siendo todo esto así, el Salvador, al disponer que su Costado fuese alanceado y abierto, quiso darnos una nueva prueba, prueba del todo fehaciente, prueba irrecusable, de la realidad de su muerte. A lo menos debía habérsela causado de golpe, y de toda necesidad, la mortal herida de la lanza, al atravesar su Costado y abrir su Corazón.

Tal es el primer "por qué" de la santísima llaga del Costado de Jesús.

2.º Señal inequívoca de la generosidad plena del Sacrificio Redentor.

El precio de nuestro rescate y de nuestra dichosa liberación fue la Sangre de Cristo. Nos redimió, y nos hizo pasar del reino de las tinieblas al Reino de la luz eterna, con el derramamiento de su preciosísima Sangre. Así lo aseveran los Libros Sagrados, en especial San Pedro en sus Cartas, y San Pablo en las suyas, sobre todo en su Carta a los Hebreos. Y la Iglesia lo cree, lo celebra y lo canta en la Liturgia; por ejemplo, entre otros muchos, en el Himno "Pange, lingua", de la Festividad del Cuerpo y Sangre de Cristo: "Canta, oh lengua, del glorioso / Cuerpo de Cristo el misterio; / Y de la Sangre preciosa, / Que de todo el orbe en precio, / Derramó el Rey de las gentes, / Fruto de fecundo seno".

Comenzó Jesús a derramar su divina Sangre, Niño aún de ocho días, en su Circuncisión; sudó Sangre, que gotea hasta la tierra, en su oración de agonía del Huerto de Gethsemaní; la derramó copiosamente en su flagelación y coronación de espinas; más aún y con mayor abundancia, al ser cru-

cificado ,y al írsele abriendo sus heridas, mientras pendía agonizante tres horas en la Cruz.

Pero le quedaban todavía unas gotas de Sangre, como recogidas en su adorable Corazón; y dispuso que fuese abierto con cruelísima llaga, para derramar y darnos hasta la última gota de su Sangre. Lo hizo para hacernos ver la generosidad plenísima de su Sacrificio Redentor. Por eso, lo consignó el Evangelista San Juan: "y salió, al punto, sangre y agua" (In., 19, 34).

No quiso reservarse nada para Sí; todo nos lo dio. La Característica de su Redención fue la generosidad del Redentor, para que así lo fuese, como realmente lo ha sido, la nota característica de todos los auténticos santos cristianos, que no se han limitado a cumplir fielmente todo lo que es de obligación, según la voluntad preceptiva de Dios, sino que también se han entregado generosamente a todo lo que es de consejo, conforme a la voluntad de beneplácito de Dios, y para asemejarse más al vivo a Jesucristo. Y éste es el segundo "por qué".

3.º Cumplimiento de una gran profecía.

El penúltimo de los Profetas del Antiguo Testamento, Zacarías, nos ha trasmitido, en el capítulo 12 de su hermoso libro, un gran oráculo profético del Señor; el cual habla así: "Y derramaré sobre la Casa de David y sobre los moradores de Jerusalén, un espíritu de gracia y de oración; y me contemplarán a Mí, a quien traspasaron".

El Evangelista San Juan, (19, 31-37), después de narrar la escena de la lanzada, dice expresamente que esto sucedió, en cumplimiento de la Escritura profética: "Mirarán al que traspasaron". Y lo dice con singular énfasis.

Esta predicción comenzó a cumplirse en aquel mismo momento, en el Calvario, cuando la Virgen Madre, sumida en profunda pena y encendida en vivísimo amor, contempló el Costado abierto de su Hijo; y con Ella, las Santas Mujeres, San Juan, los demás amigos de Jesús, y los muchos que del pueblo se convirtieron entonces, y, arrepentidos, contemplaron al que habían traspasado.

Se sigue cumpliendo también esta profecía, en

todos los siglos cristianos, cuando los pecadores, que lo somos todos, y con nuestras culpas e infidelidades somos los que alanceamos a Cristo, y le herimos con la llaga de su Costado, nos volvemos a Él, y contemplamos al que traspasamos, y lo hacemos con viva fe y con correspondencia de amor; y así, con su Llaga quedamos libres de las nuestras, y sanos del todo en nuestras almas; y con su lanza queda traspasado nuestro corazón, de manera que salga de él una fuente de lágrimas, haciendo llanto por su Muerte, y por la causa que dimos a ella.

Pero será completo y universal el cumplimiento de esta profecía, al fin de los tiempos, cuando en la segunda y gloriosa venida de Jesucristo, en el Juicio final, todos los hombres, aunque con muy diversa mirada los buenos y los malos, contemplarán al que traspasaron; y en la llaga del Costado de Cristo verán, como en una suprema revelación, todo el misterio de amor de la redención humana.

Grande, por cierto, y maravilloso, este tercer "por qué" de la llaga del Costado de Jesús.

4.º Realización de cuatro memorables figuras del Antiguo Testamento.

También este “por qué” es espléndido, por su gran significación dogmática, moral y espiritual. He aquí las cuatro figuras, y su realización en la llaga del Costado del Señor.

a) La del Cordero pascual, del que no debía quebrarse ningún hueso.

El mismo Evangelista, el Discípulo querido de Jesús, que nos relata el hecho de la lanzada, añade: “Acontecieron estas cosas para que se cumpliera la Escritura (Ex., 12, 46; núm., 9, 12): No le será quebrantado ningún hueso” (In., 19, 36).

Efectivamente, en el sacrificio del Cordero pascual, ninguno de sus huesos podía ser quebrantado. Se servía todo entero, en la mesa del convite sacrificial; y debía ser consumido exclusivamente por los miembros de la familia; quienes no debían dejar nada de él. Y esto significaba no sólo la homogeneidad y la unidad de los que por el convite sacrificial participaban plenamente del sacrificio, al comer la víctima inmolada; sino también porque al entrar en comunión con ella, el Cordero pascual, que conservaba su integridad, entraban en comunión con toda la Religión Mosaica, y con el mismo Dios, que la había instituido, como preparación para la Religión cristiana. Nosotros, como dice San Pablo, “participamos en el Convite sacrificial Eucarístico (o sea, la Comunión sacramental), de todo el Cuerpo de Cristo, que ya no muere, ni está dividido” (1 Cor., 10, 16 y ss.).

b) La formación de Eva del costado de Adán.

“Ex Corde scisso, Ecclesia, Christo iugata, nascitur”. Del Corazón traspasado, nació la Iglesia, desposada con Cristo. Así canta la Liturgia de la Fiesta del Sagrado Corazón. Y con esto, sigue la Iglesia fielmente la tradición veneranda de los antiguos Santos Padres, que en el hecho, consignado por San Juan, de que al abrir el soldado con la lanza el Costado de Cristo, manó al instante sangre de Cristo; hecho prefigurado en la formación de Eva (Gen., 2, 21); pues así como entonces, aunque Adán estaba sumido en misterioso sueño, sacó Dios del costado del primer varón la primera mujer, Eva, que salió viva y llena de vida, para ser madre de todos los vivientes; así de Cristo, que pendía en la Cruz, con la cabeza inclinada, en figura y disposición de quien dormía, y en realidad dormía el sueño de la muerte, salió de su Costado herido y de su Corazón abierto, la sangre y el agua, con que fue ya en su místico nacimiento, formada y hermosea la Iglesia, Esposa

de Cristo. Y salió la Iglesia viva y llena de vida, para ser Madre de todos los que viven por la virtud de la muerte de Cristo.

Es que los Santos Padres veían a la Iglesia constituida por el Bautismo y la Eucaristía, y depositaria de estos dos Sacramentos, que son los dos grandes medios de redención, purificación y santificación. Por el Bautismo nos da el Espíritu Santo la vida de la gracia, que Cristo nos mereció; y en la Eucaristía alimenta el mismo Cristo nuestra vida sobrenatural con su Cuerpo y su Sangre.

Salió, al instante, sangre y agua. Sangre, como sello de la Redención ya consumada, y de la Nueva Alianza ya establecida; y también como símbolo de la Eucaristía; y agua, símbolo del Bautismo. Así los Santos Padres, en la sangre y el agua que manaron del costado abierto del Redentor, o más propiamente de su Sagrado Corazón por la llaga del Costado, ven una viva imagen de la Iglesia, que nace como nueva Eva, del Corazón del nuevo Adán.

c) La puerta del Arca de Noé, en el diluvio.

También los Santos Padres vieron la llaga del Costado de Cristo, prefigurada por la puerta que Dios mandó a Noé hiciese en el flanco del Arca, para que por ella entrasen las ocho personas y los animales privilegiados, que no habían de perecer en el diluvio universal, sino ser salvados. Y así dice San Agustín: “Esto prenunciaba el habersele mandado por Dios a Noé que en el lado del Arca hiciese una puerta, por donde entrasen los que no habían de perecer en el diluvio, en los cuales se prefiguraba a la Iglesia” (Tr. 120 in In.).

Y la Iglesia celebra esta misma figura, realizada en la llaga del Costado del Señor, cuando canta en un himno de la Fiesta del Sagrado Corazón: “Hoc ostium Arcae in latere est, Genti ad salutem positum”. Esta llaga es la puerta, que en el flanco del Arca fue puesta para la salvación de las gentes.

d) El Arca de la Alianza.

Por disposición de Dios, se guardaban en el Arca de la antigua Alianza, las tablas de la Ley, que el mismo Dios había dado a Moisés en el monte Sinaí.

Y la Iglesia, el Pueblo de la Nueva Alianza, al contemplar la llaga del Costado de Cristo, y al entrar por ella en el Corazón del que es su Redentor y su Esposo, le canta así: “Cor, Arca legem continens, Non servitutis veteris, Sed gratiae, sed veniae, Sed et misericordiae”. Oh Corazón, Arca que contiene

la Ley; no la de la antigua servidumbre, sino la Ley de la gracia, del perdón y de la misericordia (Himno de Laúdes en la Fiesta del Sagrado Corazón). Y continúa con inspirada expresión: "Te vulneratum caritas, Ictu patenti voluit, Amoris invisibilis, Ut veneremur vulnera". Quiso tu amor de caridad que tu

Corazón fuese herido con llaga visible, para que por ella venerásemos la llaga invisible de tu amor.

Tal es nuestra Santa Arca, la de la nueva y eterna Alianza.

Y tales son las cuatro figuras del Antiguo Testamento, realizadas en la llaga del Costado de Jesús.

5.º Fuente de gracia, Morada de paz, Refugio de salvación.

Estas tres maravillosas realidades nos las propone la Iglesia en el magnífico Prefacio de la Misa del Sagrado Corazón. "Tú, Señor Santo, Padre omnipotente, Dios eterno, quisiste que tu Hijo Unigénito, pendiente en la Cruz, fuera traspasado con la lanza del soldado; para que su Corazón abierto, tesoro de las divinas larguezas, derramase sobre nosotros torrentes de misericordia y de gracia; y a fin de que el que jamás cesó de abrazarse en nuestro amor, fuese morada de descanso para los buenos; y estuviera patente, como refugio seguro, para los que se arrepienten" No podía expresarse más clara y bellamente este gran "por qué" de la llaga del Costado de Jesús.

Y lo que la Iglesia canta en este hermoso Prefacio, lo repite gozosa y agradecida en otros pasajes de su Sagrada Liturgia. Todos los himnos del Sagrado Corazón los termina con esta doxología: "Iesu, tibi sit gloria, Qui corde fundis gratiam". A ti, Jesús, sea la gloria, que de tu Corazón derramas la gracia.

Lo mismo han celebrado con ardientes palabras los Maestros de la vida espiritual, siguiendo las huellas de los Santos Padres.

Oigamos al Seráfico Doctor San Buenaventura: "Con divina ordenación fue dispuesto que uno de los soldados, abriendo aquel sagrado Costado, lo traspasase del todo, para que se derramara sobre nosotros, con la sangre y el agua, el precio de nuestra salvación; el cual, manando de la Fuente, es decir del arcano de su Corazón, diera virtud y eficacia a los Sacramentos de la Iglesia, para conferir la vida de la gracia; y fuera para cuantos viven en Cristo, bebida de la Fuente viva que salta hasta la vida eterna" (L. de ligno vitae, 30). Y en otro libro: "Ya que una vez hemos llegado al Corazón del Señor, nuestro dulcísimo Jesús, y habitar allí es nuestro bien, no nos dejemos fácilmente apartar de él. ¡Oh cuán bueno

y agradable morar en este Corazón!... Hallado, pues, oh dulcísimo Jesús, este Corazón, tuyo y mío, te rogaré a Ti, Dios mío: admite mis plegarias desde ese Sagrario donde nos escuchas; más aún: tráeme a mí todo en tu Corazón" (De Vite myst., c. 3).

Háblenos también nuestro Santo Maestro Juan de Ávila. Dice así, al tratar de la Pasión del Señor, en su obra cumbre, el "Audi, filia": "No debéis parar para mirarlo e imitarlo. Y porque la entrada fuese más fácil, y lo que en su Corazón se encierra fuese más manifiesto, permitió Él que, después de muerto, fuese abierto su Corazón Sagrado, para que como puerta abierta, los hombres se moviesen a entrar por ella..., a mirar las riquezas que contiene dentro de sí" (Cap. 78). Y ¿qué es lo que principalmente encontraremos al penetrar por la llaga en el Corazón de Dios Humano? "Inefables secretos de amor y de dolor" (Cap. 80).

"Vigilanti verbo Evangelista usus est", dice con profunda intuición San Agustín, al comentar el hecho de la lanzada: "Con mucha advertencia usó el Evangelista de esta palabra, *aperuit*; pues no dijo que el soldado hirió, o llagó, con la lanza, el Costado del Señor; sino que lo *abrió*; mostrando así que se nos había abierto una puerta franca, por donde nosotros entrásemos al Corazón de Jesucristo; y por donde saliesen las riquezas de su Corazón, y se nos comunicasen a nosotros. Se abrió, sí, en su Costado la puerta de la vida, para que con la muerte de Él, viviésemos todos; y con la vida que sale de su Corazón, resucitásemos todos" (Tr. in In. 120).

"Tal fue el testimonio de amor encendido y de excelente caridad de nuestro Salvador: tener no solamente los brazos abiertos en la Cruz, para recibirnos en ellos; sino también habierto el Corazón, para recibirnos en él" (La Palma, Hist. de la Sagrada Pasión, cap. 45).

6.º *Origen del Culto y Devoción al Sagrado Corazón de Jesús.*

Propongamos aún esta última finalidad, este consolador y sublime “por qué” de la llaga del Costado de Nuestro Señor. La dispuso con inefable designio la divina Providencia, para que en ella tuviese origen, como así ha sido, el Culto y Devoción al Corazón adorable de nuestro Redentor.

Los historiadores están contestes en reconocer que tal ha sido la realidad de este origen. Y la Iglesia ha sancionado esta verdad histórica, consignándola oficialmente en el Oficio Litúrgico de la Fiesta del Sagrado Corazón. Dice así: “Muchas veces, en el decurso de los primeros tiempos, los Padres, los Doctores, los Santos, celebraron el amor de nuestro Redentor; y dijeron que la llaga abierta en el Costado de Cristo, es una misteriosa pero realísima Fuente de gracias. Pero ya desde la Edad Media, cuando los fieles comenzaron a tener más ferviente devoción a la Santísima Humanidad del Salvador, las almas contemplativas solían de ordinario penetrar por aquella preciosa llaga hasta el mismo Corazón, herido de amor a los hombres”.

Tal es el origen del Culto al Corazón Divino; del cual Culto, y de la Devoción, que es su consecuencia y complemento, han dicho con reiterada aseveración los Papas de nuestros tiempos, que es la síntesis de la Religión cristiana; y también una como forma completa y del todo segura para alcanzar la santidad según el Evangelio, y aun la perfección de la santidad cristiana, con una vida según Cristo.

Y como las cosas se conservan por las mismas causas que les dieron el ser, también ahora, al igual que antes, todos los cristianos, de cualquier edad, sexo y estado, que miren y contemplen con atenta devoción la santísima llaga del Costado del Señor, y consideren con piadoso recuerdo su excelso signi-

ficado, son movidos, por la acción del Espíritu Santo, a entrar por esa llaga en el Corazón del amantísimo Redentor; lo hacen con afectos santos y con fervientes actos de correspondencia de amor de caridad al que nos tuvo y nos sigue teniendo Cristo; lo realizan, sobre todo, en la práctica de la oración, ya privada, ya litúrgica; y así llegan al conocimiento de la vida interior de Jesús, movida toda ella e impulsada por su inmenso amor al Padre y a nosotros; e iluminadas sus mentes con la luz de este conocimiento interno de fe, se mueven a amar con amor cada vez más verdadero y generoso al que tanto nos amó, que se entregó hasta morir por nosotros en el tormento de la Cruz; y de este modo, al ir modelando su propio corazón conforme al Corazón de Cristo, viven en su sincero seguimiento y en su animosa imitación.

Y realmente, un Corazón como el de Jesús, llagado con ancha y profunda herida, es el más vivo símbolo de un Amor divino y humano, encendido e inmenso; y a la vez, de un Amor mal correspondido, desagradecido, y ultrajado; Amor que, por consiguiente, pide y reclama, por una parte, correspondencia de amor; y, por otra, una justa satisfacción con las debidas reparaciones. Que así es cómo la devoción al Corazón Santísimo de Jesús fue establecida en la Iglesia, en su objeto propio, que es el Corazón de carne del Salvador, como símbolo conatural y como expresión bíblica de todo el amor de Cristo, el divino y el humano; como el centro, motivo y revelación de todos los misterios del Hombre-Dios; y como la fuente de todas sus virtudes, de todos sus méritos y de todas sus gracias. Y todo esto, con los sólidos motivos y fervientes actos que constituyen esta santa y santificadora devoción: el amor y la reparación.

Conclusión. — La virgen Madre ante la llaga del Costado de su Hijo.

No nos será difícil, si nos guiamos por el Evangelio y por los Doctores de la Iglesia y Maestros de la vida espiritual, que mejor lo han comentado, reconstruir la escena, que fue dolorosísima para María, y que sucedió en el Calvario, inmediatamente después de la muerte del Divino Salvador.

Ya antes de la lanzada, después que expiró Jesús, quedó su Santísima Madre sumida en el más profundo dolor. Se le había muerto el que siendo Hijo de Dios, era también Hijo suyo; el que lo era todo para Ella, todo su bien. Le veía inanimado, con la

cabeza inclinada, sin vida. Y Ella no murió de pena, porque Dios la sostuvo con su divino poder.

Ve entonces que de la ciudad llegan unos soldados, con escaleras y martillos, para quebrar las piernas de los tres crucificados, y así rematarlos cruel e ignominiosamente; y ve que en efecto, comienza su despiadada obra de muerte con los dos ladrones. Sin duda que se apoderó del alma de María un indelible espanto, angustia y congoja, temiendo que hiciesen lo mismo con el Hijo de su amor.

No sucedió así; no permitió el Padre Celestial que

fuese profanado de aquella horrible manera el Cuerpo Santísimo de su Hijo; pero tuvo que sufrir la Virgen Madre un agudísimo dolor; el de ver que un soldado enristró su lanza, la hundió en el Costado de Jesús, y penetró y atravesó su Corazón. Entonces se acabó de cumplir la profecía del anciano Simeón, en la Presentación del Niño Jesús en el Templo de Jerusalén: "A ti misma, una espada te traspasará el alma" (Lc., 2, 35).

Oigamos a San Bernardo: "Verdaderamente, la lanza del soldado traspasó tu alma, oh bienaventurada Madre; pues en realidad, tan sólo atravesando tu alma, pudo penetrar en la carne de tu Hijo; ya que ciertamente, después que exhaló su espíritu aquel tu Jesús, no le pudo tocar el alma la lanza cruel que abrió su Costado; pero tu alma sí que la traspasó; puesto que el alma de Jesús ya no estaba en la Cruz, pero la tuya no podía, en manera alguna, apartarse de allí" (Serm. de 12 Stell.). Lo que no sufrió el Cuerpo exánime de Jesús, lo sufrió el Corazón maternal de María. Y fue un dolor vivísimo sobre toda ponderación. ¿Es que le quedaba sobre la tierra, para su fe y para su amor, un objeto más santo y

más querido que el Cuerpo inanimado de su Hijo? Y ¿cómo una Madre, y tal Madre, no murió de pena, al ver que la lanza atravesaba el Costado y abría el Corazón de su Hijo, y tal Hijo?

¡Con qué piadosa solicitud, con qué lágrimas tan amargas, recogería Ella la sangre y el agua, que saliendo del Corazón de Jesús, se derramaba sobre el peñasco del Calvario!

Pero, aun sumido en la más honda de las penas, ¡con qué devoción se prosternaría para adorar aquella sacratísima agua del Costado de su Hijo! Tal fue el primer homenaje de amor y de reparación que se ha ofrecido al Sagrado Corazón del Divino Redentor. Tal fue el primer acto público de devoción al Corazón Santísimo de Jesús. Fue la Virgen Madre la primera que, iluminada por el Espíritu Santo, y comprendiendo, como nadie, con luz divina, todo el significado de aquella llaga y de aquel Corazón abierto, entró por la llaga del Costado en el Corazón de su Hijo, para vivir allí en adelante; primero, tres días en el Corazón exánime de Jesús; y después de la Resurrección, en el Corazón glorioso de su Hijo.

ROBERTO CAYUELA, S. J.

ACTUAL, SIN ACTUALIDAD (viene de la pág. 32)

palabras suyas: "Tal es la devoción al Sagrado Corazón de Jesús bien entendida: no es una práctica particular de devoción; es la religión entera; mas la religión enfocada bajo su aspecto más luminoso y consolador. Es el cristianismo unificado y considerado en la base de todos sus dogmas y en el principio de toda su moral; pues, ¿qué son los dogmas del símbolo cristiano, sino la manifestación del amor de Dios al hombre? Y, ¿qué son los preceptos del Decálogo, sino la práctica del amor del hombre a Dios? Ahora bien, el amor de Dios al hombre, ¿dónde se ha manifestado en todo su esplendor, y dónde ha desplegado todo su heroísmo el amor del hombre a Dios sino en el Corazón de Jesús? De consiguiente, por el conocimiento y culto verdadero del Corazón de Jesús se acercará la sociedad a Dios; por este Corazón, como por canal divino, las bendiciones del cielo descenderán a la tierra; por él, como por vínculo vital y vivificador, los diferentes elementos que compone la humanidad, los individuos, las familias, y los pueblos, ahora divididos como los miembros de un cuerpo hecho jirones, volverán a encontrar su unidad".

Las obras del P. Ramière, vertidas al castellano,

brindan las más felices constataciones. Cuando hoy tanto se entrecruza y polemiza sobre la teología en sus relaciones con lo temporal, el P. Ramière la anticipó sin parcialismos turbadores. Leer hoy sus libros es un sedante, una luz y tierra firme de apoyo intelectual y práctico.

Claro que hoy no es moda citar ni recomendar al P. Ramière. Parece que no tenga actualidad. Y no la tiene en la literatura de "selecciones", de refritos ininteligibles, de camaleónicas posturas, de espectacularidades bullangueras. Pero el P. Ramière es actual, rabiosamente actual. Porque las soluciones, los temas, los esquemas y las previsiones suyas se fundan en lo más hondo y perenne de la razón sin falsas pantallas, la Revelación, el magisterio eclesiástico y los signos de los tiempos, vistos sin lentes ahumadas. Son motivos providenciales que imponen su presencia por encima de los reporterismos circunstanciales y de las contaminaciones atómicas del ateísmo ambiente, camufladas de investigación teológica. La Compañía de Jesús y la propia Iglesia no pueden olvidar la obra y la teología del P. Ramière sin renunciar a su propio ser.

VÍCTOR LAHOZ

ACTUAL, SIN ACTUALIDAD

Fue el P. Gemelli que dijo que “la problemática del hombre moderno es la problemática del cristiano en todos los siglos”. Y esa problemática debe ser el objeto de la contemplación y de las reflexiones del teólogo. Por esto es luminoso el genial diagnóstico de Peter Maurin, cuando señala que “si los hombres prácticos fueran realmente prácticos, comprenderían que no es práctico lo que realmente fracasa. Quizá se decidirían entonces por la aplicación del cristianismo y verían que no solamente es practicable, sino que, a fin de cuentas, es lo único práctico”.

Así fue el insigne teólogo y jesuita asombrosamente ejemplar, adivinador de las necesidades de su tiempo y del futuro, P. Enrique Ramière. Vivió en pleno siglo XIX — 1821-1884 —, pero su influencia dentro de la Iglesia permanece y la obra del P. Ramière se presenta, objetivamente, como clave de aciertos definitivos. Intelectual por vocación irrefrenable, fue también un tremendo hombre de acción. Su dedicación a la cátedra de Filosofía del Derecho en la Universidad Católica de Toulouse, es una mera anécdota en sus actividades cuando se contempla la panorámica de sus influyentes intervenciones en el Concilio Vaticano I, con una claridad meridiana sobre el tema más debatido en aquella hora, la infalibilidad pontificia, que en tal ocasión fue solemnemente declarada verdad dogmática. El P. Ramière vigorizó con su talento privilegiado el Apostolado de la Oración, fundó “El Mensajero”, que después ha tenido fecundas adaptaciones en los más varios idiomas. Es precursor de la festividad de Cristo Rey, cuya teología elaboró magistralmente, así como de la consagración de la humanidad al Corazón de Jesús, más adelante realizada. Fue lo que ahora llamaríamos “un comprometido” en la lucha antisecular, contra los planes anticristianos, contra los proyectos Ferry.

Ramière tuvo una visión bíblica, al estilo de San Agustín y Bossuet en sus tiempos, interpretando el alma moderna en sus más legítimas aspiraciones e iluminando la teología de la historia por encima de todo determinismo, materialismo e irracionalismo. Donoso Cortés dibujó el panorama siniestro que le ofrecía el curso del mundo y sus directrices. Y escribía: “Yo he visto dos edificios gigantescos, dos torres babilónicas, dos civilizaciones espléndidas levantadas en lo alto por la sabiduría humana; la primera cayó al ruido de las

trompetas socialistas... No se me oculta que hay hombres con un optimismo invencible, para quienes es una cosa inminente que la sociedad no ha de caer porque ha caído ya, y a cuyos ojos el nublado, lejos de crecer, se va desvaneciendo por los aires...”. De Maitre contemplaba la otra cara del mundo que le circundaba con este juicio lleno de profundidad: “Todo anuncia que vamos hacia la grande unidad, a la que debemos *saludar de lejos*, para servirme de una expresión religiosa. Nos hallamos dolorosa y muy justamente pulverizados, más mis ojos miserables como los míos son dignos de entrever los secretos divinos, no somos pulverizados sino para ser amalgamados”. Estos dos enfoques, que aparentemente son contradictorios, los aunó con una síntesis plenaria el P. Ramière cuando concluye: “Con la escuela de la desesperación, desesperamos de los hombres, pero esperamos más que ella de la misericordia de Dios”.

Y es que el P. Ramière entendió perfectamente la verdad católica de la soberanía divina sobre la sociedad, como eflorescencia de la “divinización del cristiano”, tema al que dedicó uno de sus más inmortales tratados. Escribe el P. Ramière: “Proclamar la verdad, ya es algo; pero es mucho mejor obrar bien. Tenemos a nuestra disposición dos fuerzas divinas, cuyo ejercicio no debe estar separado, como no lo están en el mundo físico la acción de la luz y la del calor: la fuerza de la verdad y la fuerza del amor. Estas dos fuerzas se auxilian y se completan entre sí... Un ojo enfermo experimenta repulsión ante el brillo de la luz; un corazón herido tan sólo apetece el bálsamo del amor... La doctrina que defendemos es indudablemente el origen de todos los sentimientos nobles, de todos los generosos sacrificios, de todas las afecciones santas, de todos los consuelos sólidos, de todas las esperanzas durables... Esa doctrina es además para la sociedad el principio de todos los verdaderos progresos, de todas las instituciones útiles, de todas las grandes empresas, de todas las libertades reales y sólidas... La soberanía social de Jesucristo debe extender su influencia sobre todas esas ramas de la actividad social, y esta influencia de seguro podrá prevalecer en un momento de feliz reacción, si de antemano ha sido debidamente preparada”. y la fuente de las convicciones y ardores del P. Ramière fue lo que podemos resumir como pensamiento y tesis central de su vida, con estas

(síguela en la página 31)